



BIBLIOTECA VIRTUAL DEL CIRCULO CRIOLLO EL RODEO

“Las Divertidas Aventuras del Nieto de Juan Moreira” Roberto J. Payró

Primera parte

- I -

Nací a la política, al amor y al éxito, en un pueblo remoto de provincia, muy considerable según el padrón electoral, aunque tuviera escasos vecinos, pobre comercio, indigente sociabilidad, nada de industria y lo demás en proporción. El clima benigno, el cielo siempre azul, el sol radiante, la tierra fertilísima, no habían bastado, como se comprenderá, para conquistarle aquella preeminencia. Era menester otra cosa. Y los «dirigentes» de Los Sunchos, al levantarse el último censo, por arte de birlibirloque habían dotado al departamento con una impriotismo que en el patriotismo y las luces del resto de nuestros compatriotas y de que se esforzaban por gobernar con espíritu puramente altruista. El hecho es que, siendo cuatro gatos, como suele decirse, masa de sufragios -mayor que el natural-, para procurarle decisiva representación en la Legislatura de la provincia, directa participación en el gobierno autónomo, voz y voto delegados en el Congreso Nacional y, por ende, influencia eficaz en la dirección del país. Escrutando las causas y los efectos, no me cabe duda de que los sunchalenses confiaban más en sus propias luces y pae, alcanzaban tácita o manifiesta ingerencia en el manejo de la res pública. Pero esto, que puede parecer una de tantas incongruencias de nuestra democracia incipiente, no es divertido y no hace tampoco al caso. Lo que sí hace y quizá resulte divertido es que mi padre fuera uno de los susodichos dirigentes, quizá el de ascendiente mayor en el departamento, y que mi aristocrática cuna me diera -como en realidad me dio- vara alta en aquel pueblo manso y feliz, holgazán bajo el sol de fuego, soñador bajo el cielo sin nubes, cebado en medio de la pródiga naturaleza. Hoy me parece que hasta el aire de Los Sunchos era alimenticio y que bastaba masticarlo al respirar para mantener y aun acrecentar las fuerzas: milagro de mi país, donde, virtualmente, todavía se encuentran pepitas de oro en medio de la calle.

Desde chicuelo era yo, Mauricio Gómez Herrera, el niño mimado de vigilantes, peones, gente del pueblo y empleados públicos de menor cuantía, quienes me enseñaron pacientemente a montar a caballo, vistear, tirar la taba, fumar y beber. Mi capricho era ley para todos aquellos buenos paisanos, en especial para el populacho, los subalternos y los humildes amigos o paniaguados de las autoridades; y cuando algún opositor, víctima de mis bromas, que solían ser pesadas, se quejaba a mis padres, nunca me faltó defensa o excusa, y si bien ambos prometían a veces reprenderme o castigarme, la verdad es que -especialmente el «viejo»- no hacían sino reírse de mis gracias.

Y aquí debo confesar que yo era, en efecto, un niño gracioso si se me consideraba en lo físico. Tengo por ahí arrumbada cierta fotografía amarillenta y borrosa que me sacó un fotógrafo trashumante al cumplir mis cinco años, y aparte la ridícula vestimenta de lugareño y el aire cortado y temeroso, la verdad es que mi efigie puede considerarse la de un lindísimo muchacho, de grandes ojos claros y serenos, frente espaciosa, cabello rubio naturalmente rizado, boca bien dibujada, en forma de arco de Cupido, y barbilla redonda y modelada, con su hoyuelo en el medio, como la de un Apolo infante. En la adolescencia y en la juventud fui lo que mi niñez prometía, todo un buen mozo, de belleza un tanto femenil, pese a mi poblado bigote, mi porte altivo, mi clara mirada, tan resuelta y firme; y estos dotes de la naturaleza me procuraron siempre, hasta en épocas de madurez... Pero no adelantemos los acontecimientos...

Tenía yo por aquel entonces un carácter de todos los demonios que, según me parece, la edad y la experiencia han modificado y mejorado mucho, especialmente en las exteriorizaciones. Nada podía torcer mi voluntad, nadie lograba imponérseme, y todos los medios me eran buenos para satisfacer mis caprichos. Gran cualidad. Recomiendo a los padres de familia deseosos de ver el triunfo de su prole que la fomenten en sus hijos, renunciando, como a cosa inútil y perjudicial, a la tan preconizada disciplina de la educación, que sólo servirá para crearles luego graves y quizá insuperables dificultades en la vida. Estudien mi ejemplo, sobre el que nunca insistiré bastante: desde niño he logrado, detalle más, detalle menos, todo cuanto soñaba o quería, porque nunca me detuvo ningún falso escrúpulo, ninguna regla arbitraria de moral, como ninguna preocupación melindrosa, ningún juicio ajeno. Así, cuando una criada o un peón me eran molestos o antipáticos, espiaba todos sus pasos, acciones, palabras y aun pensamientos, hasta encontrarlos en falta y poder acusarlos ante el tribunal casero, o -no hallando hechos reales- imaginaba y revelaba hechos verosímiles, valiéndome de las circunstancias y las apariencias paciente y sutilmente estudiadas. ¡Y cuántas veces habrá sido profunda e ignorada verdad lo que yo mismo creía dudoso por falta de otras pruebas que la inducción y la deducción instintivas!

Pero esto era sólo una complicación poco evidente -para descubrirla he debido forzar el análisis- de mi carácter que, si bien obstinado y astuto, era, sobre todo -extraña antinomia aparente-, exaltado y violento, como irreflexivo y de primer impulso, lo que me permitía tomar por asalto cuanto con un golpe de mano podía conseguirse. Y como en el arrebató de mi cólera llegaba fácilmente a usar de los puños, los pies, las uñas y los dientes, natural era que en el ataque o en la batalla con el criado u otro adversario eventual resultara yo con alguna marca, contusión o rasguño que ellos no me

habían inferido quizá, pero que, dándome el triunfo en la misma derrota, bastaba y aun sobraba como prueba de la ajena barbarie, y hacía recaer sobre el enemigo todas las iras paternas:

-¡Pobre muchacho! ¡Miren cómo me lo han puesto! ¡Es una verdadera atrocidad!...

Y tras de mis arañones, puntapiés, cachetadas y mordiscos, llovían sobre el antagonista los puñetazos de mi padre, hombre de malas pulgas, extraordinario vigor, destreza envidiable y amén de esto grande autoridad. ¿Quién se atrevía con el árbitro de Los Sunchos? ¿Quién no cejaba ante el brillo de sus ojos de acero, que relampagueaban en la sombra de sus espesas cejas, como intensificados por su gran nariz ganchuda, por su grueso bigote cano, por su perilla que en ocasiones parecía adelantarse como la punta de un arma?

Vivíamos con grandeza -naturalmente en la relatividad aldeana, que no da pretexto a los lujos desmedidos-, y «Tatita» gastaba cuanto ganaba o un poco más, pues a su muerte sólo heredé la chacra paterna, gravada con una crecida hipoteca que hacían más molesta algunas otras deudas menores. Sí; sólo teníamos una chacra, pero hay que explicarse: era una vasta posesión de cuatrocientas varas de frente por otras tantas de fondo, y estaba enclavada casi en el mismo centro del pueblo. Su cerco, en parte de adobe, en parte de pita, cinacina, y talas, interceptaba las calles de Libertad, Tunes y Cadilla, que corrían de Norte a Sud, y las de Santo Domingo, Avellaneda y Pampa, de Este a Oeste. Los cuatro grandes frentes daban sobre San Martín, Constitución, Blandengues y Monteagudo. Nuestra casa ocupaba la esquina de las calles San Martín y Constitución, la más próxima a la plaza y los edificios públicos, y era una amplia construcción de un solo piso, a lo largo de la cual corría una columnata de pilares delgados, sosteniendo un ancho alero. En ella habitábamos nosotros solos, pues las cocinas, cocheras, dependencias y cuartos de la servidumbre formaban cuerpo aparte, cuadrando una especie de patio en que Mamita cultivaba algunas flores y Tatita criaba sus gallos. En el resto de la chacra había algunos montecillos de árboles frutales, un poco de alfalfa, un chiquero, un gallinero, y varios potreros para los caballos y las dos vacas lecheras. Tengo idea de que alguna vez se plantaron hortalizas en un rincón de la chacra, pero en todo caso no fue siempre, ni siquiera con frecuencia, sin duda para no desdeñar mucho del indolente carácter criollo que en aquel tiempo consideraba «cosa de gringos» ordeñar las vacas y comer legumbres. Con todo, nuestra casa era un palacio y nuestra chacra un vergel, comparadas con las demás mansiones señoriales de Los Sunchos, y nuestras costumbres de familia tenían un sello aristocrático que más de una vez envenenó las malas lenguas del pueblo, que zumbaban como avispas irritadas, aunque a respetable distancia de los oídos de Tatita. Esta especie de refinamiento, cada vez más borroso, se explica naturalmente: mi padre pertenecía a una de las familias más viejas del país, una familia patricia radicada en Buenos Aires desde la guerra de la Independencia, vinculada a la alta sociedad y dueña de una respetable fortuna que varias ramas conservan todavía. Menos previsor o más atrevido que sus parientes, mi padre se arruinó -ignoro cómo y no me importa saberlo-, salió a correr tierras en busca de mejor suerte y fue a varar en Los Sunchos, llevando hasta allí algunos de sus antiguos hábitos y aficiones.

No se ocupaba más que de la política activa y de la tramitación de toda clase de asuntos ante las autoridades municipales y provinciales. Intendente y presidente de la Municipalidad, en varias administraciones, había acabado por negarse a ocupar puesto oficial alguno, conservando sin embargo, meticulosamente, su influencia y su prestigio: desde afuera manejaba mejor sus negocios, sin dar que hablar, y siempre era él quien decidía en las contiendas electorales, y otras, como supremo caudillo del pueblo. Cuando no se iba a la capital de la provincia, llevado por sus asuntos propios o ajenos -en calidad de intermediario-, pasaba el día entero en el café, en la «cancha» de carreras o de pelota, en el billar o la sala de juego del Club del Progreso, o de visita en casa de alguna comadre. Tenía muchas comadres, y Mamá hablaba de ellas con cierto retintín y a veces hasta colérica, cosa extraña en una mujer tan buena, que era la mansedumbre en persona. Tatita solía mostrarse emprendedor. A él se debe, entre otros grandes adelantos de Los Sunchos, la fundación del Hipódromo que acabó con las canchas derechas y de andarivel, e hizo también para las riñas de gallos un verdadero circo en miniatura. Leía los periódicos de la capital de la provincia, que le llegaban tres veces por semana, y gracias a esto, a su copiosa correspondencia epistolar y a las noticias de los pocos viajeros y de Isabel Contreras, el mayoral de la galera de Los Sunchos, estaba siempre al corriente de lo que sucedía y de lo que iba a suceder, sirviéndole para prever esto último su peculiar olfato y su larga experiencia política, acopiada en años enteros de intrigas y de revueltas. La inmensa utilidad práctica de esta clase de información fue sin duda lo que le hizo mandarme a la escuela, no con la mira de hacer de mí un sabio, sino con la plausible intención de proveerme de una herramienta preciosa para después.

Esto ocurrió pasados ya mis nueve años, puede también que los diez. Mi ingreso en la escuela fue como una catástrofe que abriera un paréntesis en mi vida de vagancia y holgazanería, y luego como una tortura momentánea sí, pero muy dolorosa, tanto más cuanto que, si aprendí a leer, fue gracias a mi santa madre, cuya inagotable paciencia supo aprovechar todos mis fugitivos instantes de docilidad, y cuya bondad tímida y enfermiza premiaba cada pequeño esfuerzo mío tan espléndidamente como si fuera una acción heroica. Me parece verla todavía, siempre de negro, oprimida en un vestido muy liso, pálida bajo sus bandós castaño oscuro, hablando con voz lenta y suave y sonriendo casi dolorosamente, a fuerza de ternura. Mucho le costaron las primeras lecciones, como le costó hacerme ir a misa a inculcarme ciertas doctrinas de un vago catolicismo, algo supersticioso, por mi inquietud indómita; pero a poco cedí y me plegué, más que todo, interesado por los cuentos de las viejas sirvientas y los aún más maravillosos de una costurera española, jorobada, que decía a cada paso «interín», que estaba siempre en los rincones oscuros, y en quien creía yo ver la encarnación de un diablillo entretenido y amistoso o de una bruja momentáneamente inofensiva. «Interín» me contaban las unas las hazañas de Pedro Urdemalas (Rimales, decían ellas), y la otra los amores de Beldad y la Bestia, o las terribles aventuras del Gato, el Ujier y el Esqueleto, leídas en un tomo trunco de Alejandro Dumas, mi naciente raciocinio me decía que mucho más interesante sería contarme aquello a mí mismo, todas las veces que quisiera y en cuanto se me antojara, ampliado y embellecido con los detalles en que sin duda abundaría la letra menudita y cabalística

de los libros. Y aprendí a leer, rápidamente, en suma, buscando la emancipación, tratando de conquistar la independencia.

- II -

Acabé por acostumbrarme un tanto a la escuela. Iba a ella por divertirme, y mi diversión mayor consistía en hacer rabiarse al pobre maestro, don Lucas Arba, un infeliz español, cojo y ridículo, que, gracias a mí, se sentó centenas de veces sobre una punta de pluma o en medio de un lago de pega-pega, y otras tantas recibió en el ojo o la nariz bolitas de pan o de papel cuidadosamente masticadas. ¡Era de verle dar el salto o lanzar el chillido provocados por la pluma, o levantarse con la silla pegada a los fondillos, o llevar la mano al órgano acariciado por el húmedo proyectil, mientras la cara se le ponía como un tomate! ¡Qué alboroto, y cómo se desternillaba de risa la escuela entera! Mis tímidos condiscípulos, sin imaginación, ni iniciativa, ni arrojo, como buenos campesinos, hijos de campesino, veían en mí un ente extraordinario, casi sobrenatural, comprendiendo intuitivamente que para atreverse a tanto era preciso haber nacido con privilegios excepcionales de carácter y de posición.

Don Lucas tenía la costumbre de restregar las manos sobre el pupitre -«cátedra» decía él- mientras explicaba o interrogaba; después, en la hora de caligrafía o de dictado, poníase de codos en la mesa y apoyaba las mejillas en la palma de las manos, como si su cerebro pedagógico le pesara en demasía. Observar esta peculiaridad, procurarme picapica y espolvorear con ella la cátedra, fueron para mí cosas tan lógicas como agradables. Y repetí a menudo la ingeniosa operación, entusiasmado con el éxito, pues nada más cómico que ver a don Lucas rascarse primero suavemente, después con cierto ardor, en seguida rabioso, por último frenético hasta el estallido final:

-¡Todo el mundo se queda dos horas!

Iba a lavarse, a ponerse calmantes, sebo, aceite, qué sé yo, y la clase abandonada se convertía en una casa de orates, obedeciendo entusiasta a mi toque de zafarrancho; volaban los cuadernos, los libros, los tinteros -quebrada la inercia de mis condiscípulos-, mientras los instrumentos musicales más insólitos ejecutaban una sinfonía infernal. Muchas veces he pensado, recapitulando estas escenas, que mi verdadero temperamento es el revolucionario y que he necesitado un prodigio de voluntad para ser toda mi vida un elemento de orden, un hombre de gobierno... Volví, al fin, don Lucas, rojo y barnizado de ungüentos, con las pupilas saltándosele de las órbitas -espectáculo bufo si los hay-, y, exasperado por la intolerable picazón, comenzaba a distribuir castigos supletorios a diestra y siniestra, condenando sin distinción a inocentes y culpables, a juiciosos y traviosos, a todos, en fin... A todos menos a mí. ¿No era yo acaso el hijo de don Fernando Gómez Herrera? ¿No había nacido «con corona», según solían decir mis camaradas?

¡Vaya con mi don Lucas! Si mucho me reí de ti, en aquellos tiempos, ahora no compadezco siquiera tu memoria, aunque la evoque entre sonrisas, y aunque aprecie debidamente a los que, como tú entonces, saben acatar la autoridad política en todas sus formas, en cada una de ellas y hasta en sus simples reflejos. Porque si bien este acatamiento es la única base posible de la felicidad de los ciudadanos, la verdad es que tú exagerabas demasiado, olvidando que eras también «autoridad», aunque de infinito orden. Y esta flaqueza es para mí irritante e inadmisibles, sobre todo cuando llega a extremos como éste.

Una tarde, a la hora de salir de la escuela y a raíz de un alboroto colosal, don Lucas me llamó y me dijo gravemente que tenía que hablar conmigo. Sospechando que el cielo iba a caérseme encima, me preparé a rechazar los ataques del *magister* hasta en forma viril y contundente, si era preciso, de tal modo que, como consecuencia inevitable, ni yo continuara bajo su férula ni él regentando la escuela, su único medio de vida: un arañazo o una equimosis no significaban nada para mí -era y soy valiente-, y con una marca directa o indirecta de don Lucas obtendría sin dificultad su destierro de Los Sunchos, después de algunas otras pellejías que le dieran que rascar. Considérese, pues, mi pasmo, al oírle decir, apenas estuvimos solos, con su amanerado y académico lenguaje, o, mejor dicho, prosodia:

-Después de recapacitar muy seriamente, he arribado a una conclusión, mi querido Mauricio... Usted (me trataba de usted, pero tuteaba a todos los demás), usted es el más inteligente y el más aplicado... No, no se enfade todavía, permítame terminar, que no ha de pesarle... Pues bien, usted que todo lo comprende y que sabe hacerse respetar por sus condiscípulos, mis alumnos, puede ayudarme con verdadera eficacia, sí, con la mayor eficacia, a conservar el orden y mantener la disciplina en las clases, minadas por el espíritu rebelde y revoltoso que es la carcoma de este país...

Aunque sorprendido por lo insólito de estas palabras, pronunciadas con solemne gravedad, como en una tribuna, comencé a esperar más serenamente los acontecimientos, sospechando, sin embargo, alguna celada.

-Pero no he querido -continuó don Lucas, en el mismo tono- adoptar una resolución, cualquiera que ella sea, sin consultarle previamente.

El aula estaba solitaria y en la penumbra de la caída de la tarde. Junto a la puerta, yo veía, al exterior, un vasto terreno baldío, cubierto de gramíneas, rojizas ya, un pedazo de cielo con reflejos anaranjados, y, al interior, la masa informe y azulada de los bancos y las mesas, en la que parecía flotar aún el ruido y el movimiento de los alumnos ausentes. Esta doble visión de luz y de sombra me absorbió, sobre todo, durante una pausa trágica del maestro, para preparar esta pregunta:

-¿Quiere usted ser monitor?

¡Monitor! ¡El segundo en la escuela, el jefe de los camaradas, la autoridad más alta en ausencia de don Lucas, quizá en su misma presencia, ya que él era tan débil de carácter!... ¡Y yo apenas sabía leer de corrido, gracias a Mamita! ¡Y en la escuela había veinte muchachos más adelantados, más juiciosos, más aplicados y mayores que yo! ¡Oh! Estos aspavientos son cosa de ahora; entonces, aunque no esperara semejante ganga, y aunque mucho me sonriera el inmerecido honor, la proposición me pareció tan natural y tan ajustada a mis merecimientos, que la acepté, diciendo sencillamente, *sin emoción alguna*:

-Bueno, don Lucas.

Yo siempre he sido así, imperturbable, y aunque me nombraran Papa, mariscal o almirante, no me sorprendería ni me consideraría inepto para el cargo. Pero deseando ser enteramente veraz, agregaré que el «don Lucas» de la aceptación había sido, desde tiempo atrás, desterrado de mis labios, en los que las contestaciones se limitaban a un sí o un no, «como Cristo nos enseña», sin aditamento alguno de señor o don, como nos enseña la cortesía. Y ésta fue una evidente demostración de gratitud...

Después he pensado que, en la emergencia, don Lucas se condujo como un filósofo o como un canalla: como un filósofo, si quiso modificar mi carácter y disciplinarme, haciéndome precisamente custodio de la disciplina; como un canalla, si sólo trató de comprarme a costa de una claudicación moral, mucho peor que la física de su pata coja. Pero, medítandolo más, quizá no obrara ni como una ni como otra cosa, sino apenas como un simple que se defiende con las armas que tiene, sin mala ni buena intención, por espíritu de conservación propia, y utiliza para ello los medios políticos a su alcance -medios poco sutiles a la verdad, porque la sutileza política no es el dote de los simples-. Para los demás muchachos, el ejemplo podía ser descorazonador, anárquico, desastroso como disolvente, porque don Lucas no sabía contemporizar con la cabra y con la col; pero ¡bah! Yo tenía tanto prestigio entre los camaradas, era tan fuerte, tan poderoso, tan resuelto y tan autoritario, para decirlo todo de una vez, que el puesto gubernativo me correspondía como por derecho divino, y muy rebelde y muy avieso había de ser el que protestara de mi ascensión y desconociese mi regencia.

Comencé, pues, desde el día siguiente, a ejercer el mando, como si no hubiera nacido para otra cosa, y seguí ejerciéndolo con grande autoridad, sobre todo desde el famoso día en que presenté a don Lucas mi renuncia indeclinable...

He aquí por qué:

Irritado contra uno de los condiscípulos más pequeños, que, corriendo en el patio, a la hora del recreo, me llevó por delante, levanté la mano, y sin ver lo que hacía le di una soberbia bofetada. Mientras el chicuelo se echaba a llorar a moco tendido, uno de los más adelantados, Pedro Vázquez, con quien estaba yo en entredicho desde mi nombramiento de monitor, me faltó audazmente al respeto, gritando:

-¡Grandulón! ¡Sinvergüenza!

Iba a precipitarme sobre él con los puños cerrados, cuando recordé mi alta investidura, y, conteniéndome, le dije con severidad:

-¡Usted, Vázquez! ¡Dos horas de penitencia!

Me volvió la espalda, rudamente, y se encogió de hombros, refunfuñando no sé qué, vagas amenazas, sin duda, o frases despreciativas y airadas. Este muchacho, que iba a desempeñar un papel bastante considerable en mi vida, era alto, flaco, muy pálido, de ojos grandes, azul oscuro, verdosos a veces, cuando la luz les daba de costado, frente muy alta, tupido cabello castaño, boca bondadosamente risueña, largos brazos, largas piernas, torso endeble, inteligencia clara, mucha aptitud para los trabajos imaginativos, intuición científica y voluntad desigual, tan pronto enérgica, tan pronto muelle.

Aquel día, cuando volvimos a entrar en clase, Pedro, que estaba en uno de sus períodos de firmeza, apeló del castigo ante don Lucas, que revocó incontinenti la sentencia, quebrando de un golpe mi autoridad.

-¡Pues si es así! Caramba -grité-, no quiero seguir de monitor ni un minuto más. ¡Métase el nombramiento en donde no le dé el sol!

Don Lucas recapacitó un instante, murmurando: «¡calma! ¡Calma!», y tratando de apaciguarme con suaves movimientos sacerdotales de la mano derecha. Sin duda evocaría el punzante recuerdo de las puntas de pluma, el aglutinante de la pega-pega, el viscoso del papel mascado, el urticante de la picapica, pues con voz melosa preguntó, tuteándome contra su costumbre:

-¿Es decir que renuncias?

-¡Sí! ¡Renuncio in-de-eli-na-ble-men-te! -repliqué, recalcando cada sílaba del adverbio, aprendido de Tatita en sus disposiciones electorales.

La clase entera abrió tamaña boca, espantada, creyendo que la palabrota era un terno formidable, anuncio de alguna colisión más formidable aún; pero volvió a la serenidad, al ver que don Lucas se levantaba conmovido, y, tuteándome de nuevo, me decía:

-Pues no te la acepto, no puedo aceptártela... Tú tienes mucha, pero mucha dignidad, hijo mío. ¡Este niño irá lejos, hay que imitarle! -agregó, señalándome con ademán ponderativo a la admiración de mis estupefactos camaradas-. ¡La dignidad es lo primero!... Mauricio Gómez Herrera seguirá desempeñando sus funciones de monitor, y Pedro Vázquez sufrirá el castigo que se le ha impuesto. He dicho... ¡Y silencio!

La clase estaba muda, como alelada; pero aquel «¡silencio!» era una de esas terminantes afirmaciones de autoridad que deben hacerse en los momentos difíciles, cuando dicha autoridad pelagra, para que no se produzca ni siquiera un conato de rebelión; aquel «¡silencio!» era, en suma, una declaración de estado de sitio, que yo me encargaría de utilizar en servicio de la buena causa, desempeñando el papel de ejército y policía al mismo tiempo.

Sólo Vázquez se atrevió a intentar una protesta, balbuciendo, entre indignado y lloroso, un:

¡Pero, señor!...

¡Silencio he dicho!... Y dos horas más, por mi cuenta.

Acostumbrado a obedecer, Vázquez calló y se quedó quietecito en su banco, mientras una oleada de triunfal orgullo me henchía el pecho y me hacía subir los colores a la cara, la sonrisa a los labios, el fuego a los ojos.

Este acontecimiento, que debió abrir un abismo entre Vázquez y yo, provocando nuestra mutua enemistad, resultó luego, de manera lógica, punto de partida de una unión, si no estrecha, bastante afectuosa, por lo menos. Para esto fue, naturalmente, necesaria una crisis.

Sufrió el castigo con estoica serenidad, quedándose en la escuela, durante dos días, hasta ya entrada la noche; pero, al tercero, antes de la hora de clase, me esperó en un campito de alfalfa que yo cruzaba siempre, y en aquella soledad me desafió a singular combate, considerando que mis fueros desaparecían extraterritorialmente de los dominios de don Lucas.

-¡Vení, si sos hombre! ¡Aquí te voy a enseñar a que le pegués a los chicos!

Todo mi amor propio de varón, sublevándose entonces, me hizo renunciar por el momento a las prerrogativas que él consideraba, erróneamente, suspendidas en la calle, con ese desconocimiento de la autoridad que caracteriza a nuestros compatriotas. Sentí necesaria, con romántica tontería, la afirmación de mi superioridad hasta en el terreno de la fuerza, y contesté:

-¡Aquí no! Soy monitor, y no quiero que los muchachos me vean peleando; pero en cualquiera otra parte soy muy capaz de darte una zurra, para que aprendás a meterte a sonso.

-¡Vamos donde quieras, maula!

Nos dimos de moquetes, no lejos de allí, en un galpón desocupado, supletorio depósito de lanas, y debo confesar que saqué la peor parte en la batalla. La excitación nerviosa dio a Vázquez una fuerza y una tenacidad que nunca le hubiera sospechado. Ambos llegamos tarde a la escuela, con la cara amoratada, pero él no habló ni yo me quejé, aunque me hubiera sido muy fácil la venganza. Aquél era mi primer duelo formal -toda proporción guardada-, y el duelo, aun entre muchachos, ha sido siempre para mí, no una costumbre, sino una institución respetabilísima, que contribuye eficazmente al sostenimiento de la sociedad, un complemento imprescindible de las leyes, aleatorio a veces, si se quiere, pero no más aleatorio y más arbitrario que muchas de ellas. En el caso insignificante que refiero, sirvió para zanjar entre Vázquez y yo diferencias que con otros trámites hubieran podido llegar al odio, y que, gracias a él, no dejaron huellas, pues mi adversario no supo nunca cómo agradecer mi caballerosidad después del combate, y hasta creo que se consideró vencido, para retribuir de algún modo mi hidalguía. Los mismos tribunales, a quienes muchos querrían confiar la solución de toda clase de cuestiones, aun en el orden moral, dejan a menudo heridas más incurables y dolorosas que las de una partida de armas... o de puños.

Esta manera de considerar el duelo -confusa e instintiva entonces, pero clara y lógica hoy- me había sido inspirada por algunas lecturas, pues ya comenzaba a devorar libros -novelas, naturalmente-. Y si *Don Quijote* me aburría, porque ridiculizaba las más caballerescas iniciativas, encantábanme las otras gestas, en que la acción tenía un objeto real y arribaba a un triunfo previsto e inevitable. No me preocupaban las tendencias buenas o malas del héroe, su concepto acertado o erróneo de la moral, porque, como el obispo Nicolás de Osló, «me hallaba en estado de inocencia e ignoraba la distinción entre el bien y el mal», limbo del que, según creo, no he llegado a salir nunca. Las hazañas de Diego Corrientes, de Rocambole, de José María, de Men Rodríguez de Sanabria, de d'Artagnan, del Churiador, de don Juan y de otros cientos eran para mí motivo de envidia, y sus peregrinas epopeyas formaban mi único bagaje histórico y literario, pues el *Facundo* quedaba fuera de mi alcance y la *Historia* del Deán Funes me aburría como un libro de escuela. El universo, más allá de Los Sunchos, era tal como aquellas obras me lo pintaban, y al que quisiera hacer buena figura en el mundo imponíase la imitación de alguno de los admirables personajes, héroes de tan estupendas aventuras, siempre coronadas por el éxito. Cambiábamos libros con Vázquez, desde que la conciencia de nuestro propio valor nos hizo amigos; pero yo estimaba poco lo que él me daba -narraciones de viajes y novelas de Julio Verne, principalmente-, mientras que él desdeñaba un tanto mis divertidas historias de capa y espada, considerándolas tejido de mentiras.

-Como si tus *Ingleses en el Polo Norte* no fueran una estúpida farsa -le decía yo-. José María será un bandido, pero es también un caballero valiente y generoso, y Rocambole era más «diablo» que cualquiera...

Sólo estábamos de acuerdo en la admiración por las *Mil y una noches*, pero nuestros conceptos eran distintos: él se encantaba con lo que llamaré su «poesía» y yo con su acción, con la fuerza, la riqueza, el poder que suelen desbordar de sus páginas. Este modo de ver, esta tendencia, mejor dicho, pues era subconsciente aún, me llevó a caudillar, como Aladino, una pandilla de muchachos resueltos y semisalvajes, que me proclamaron capitán, apenas reconocieron mi espíritu de iniciativa, mi imaginación siempre llena de recursos, mi temeridad innata y la égida invulnerable con que me revestía mi apellido. Con esta cuadrilla, en la que al principio figuró Vázquez, hacía verdaderas incursiones, conquistando gallineros, melonares, zarzos de parra, higuerales y montes de duraznos. Pedro, que en los comienzos era uno de los más entusiastas, como si lo embriagara aquel ambiente de desmedida libertad, desertó desde la noche en que bañamos en petróleo a un gato y le prendimos fuego, para verlo correr en la oscuridad como un ánima en pena. Yo también me arrepentí de semejante atrocidad, pero nunca quise exteriorizarlo ante mis subalternos, para no revelar flaqueza; por el contrario, recordando la hazaña, solía decirles con sonrisa prometedor:

-Cuando cacemos un gato...

Pero no reincidimos nunca, y nadie reclamó la repetición de aquella escena neroniana que había resultado tan terrible. No nos faltaban, por fortuna, otros entretenimientos. ¡Qué vida aquélla! ¡Cuánto daría por volver, siquiera un instante, a los dulces años de mi infancia! ¡Cuánto! ¡Y sólo me resta el tibio consuelo de recordarlos y revivirlos como en sueños al escribir estos garabatos!

¡Qué magnas empresas las de entonces! En invierno, predispuestos, sin duda, por la displicencia de los días nublados y lluviosos, hacíamos de salteadores, ahondando, por ejemplo, las huellas pantanosas en el camino de la diligencia para tratar de que volcara el pesado vehículo, atestado de carga y pasajeros -proeza que realizamos una vez-. Atravesábamos la calle con una cuerda, a una cuarta del suelo, para que rodaran los caballos, o quitábamos las

chavetas de los carros abandonados un instante a la puerta de los despachos de bebidas, para darnos el placer de verles perder una rueda. Poníamos, así, en escena, episodios de Gil Blas o de Piquillo Aliaga, que yo contaba compendiosamente a «mis hombres», sugiriéndonos que éramos la banda de Rolando o de Juan Bautista Balseiro, y la imaginación se encargaba de complementar lo que en nuestro acto quedaba de trunco y de estéril: con el pensamiento despojábamos coche y pasajeros, jinete y montura, carro y conductor, llevándonos a la madriguera a las personas de fuste, para exigir luego por ellas magnífico rescate. Otras proezas eran menos dramáticas: algunas noches muy frías, cuando todos dormían en el pueblo, y en nuestras casas nos creían en cama, soltábamos un gato previamente enfurecido, o un perro asustado, con una lata llena de piedras en la cola, para divertirnos viendo a los vecinos alarmados asomarse en paños menores a puertas y ventanas bajo la lluvia torrencial y el viento helado.

En primavera, gozábamos invadiendo los jardines de los pocos maniáticos de las plantas y podando éstas hasta el tronco o despojándolas simplemente de todos sus botones. ¡Qué cara la de los dueños al encontrarse, por la mañana, con la desolación aquélla! ¡Ni la de un candidato frustrado cuando creía más segura su elección!

En verano pescábamos valiéndonos de una especie de línea, las ropas de los que dormían con la ventana abierta, y luego quemábamos o enterrábamos aquellos despojos, para no dejar rastros de nuestra diablura, realizada sin idea de robar, por el gusto de hacer daño y reírnos de la gente. Así, rara vez aprovechamos del poco dinero que quedara en los bolsillos, por casualidad, pues en Los Sunchos, como en todo pueblo chico, nadie tenía que pagar al contado lo que compraba o consumía, salvo, naturalmente, por necesaria antítesis, los más menesterosos.

Eran, en fin, cosas de muchachos, bromas sin más trascendencia que la que debe atribuirse a una inocente travesura, y justificadas, además, en cierto modo, pues sólo las sufrían las personas antipáticas por su excesiva severidad, o las que habían merecido el desdén, el desprecio o el odio de mi padre; los amigos políticos, o de la familia, gozaban de completa inmunidad, porque siempre ha existido en mí el espíritu de cuerpo. Pero la gente es tan necia que, en vez de dar a nuestros juegos su verdadero y limitado alcance, considerándolos ingenuos remedos de las aventuras novelescas, se imaginó que Los Sunchos había sido invadido por una horda de rateros y se propuso perseguirlos hasta atraparlos o ahuyentarlos. ¿Quiénes eran y dónde se ocultaban? Aunque las víctimas fuesen siempre opositores o indiferentes, la policía y la municipalidad se preocuparon de defenderlas, cuando las cosas habían llegado ya muy lejos, temiendo probablemente que la cuadrilla ensanchara su campo de acción y cesara de respetar a los partidarios de la buena causa. Cuando esto resolvieron las autoridades, hubiéramos sido descubiertos inevitablemente, a no mediar una circunstancia salvadora: Tatita, siempre al corriente de los sucesos, dijo una tarde, en la mesa:

-Por fin nos vamos a sacar de encima esa plaga de rateros. Esta noche caerán, sin remedio, en la trampa. Se ha organizado una gran batida con todos los vigilantes y algunos vecinos voluntarios, ¡y muy diablos serán si consiguen escaparse!

Yo no eché la noticia en saco roto, corrí a prevenir a los camaradas, y aquella noche y las siguientes nos quedamos más quietos que en misa. Pero ¡así fue, también, el desquite, en cuanto comenzó a relajarse la vigilancia! Puede decirse que en Los Sunchos no quedó títere con cabeza, y nuestras fechorías produjeron tan honda sensación que durante mucho tiempo no se habló sino de «la semana del saqueo» como de una calamidad pública. Y la imaginación popular creó toda una leyenda alrededor de la desaparición de unas cuantas ropas, leyenda en que figuraban el hombre-chancho, la viuda, el lobinsón y cuantos duendes o fantasmas enriquecen las supersticiones criollas.

En fin, para concluir con esta parte ingrata de mis recuerdos infantiles: cierto verano surgió, en competencia con la mía, otra banda, acaudillada por Pancho Guerra, hijo del presidente de la Municipalidad; muchacho envidioso y grosero, enorgullecido por la posición del padre, que se la debía al mío, trataba de disputarme mi creciente influencia, sin ver que esto no lo toleraría yo jamás. No había organizado todavía su gente, cuando les caímos encima. Hubo -análogo a la batalla del Piojito- un gran combate, al caer la tarde, en las afueras del pueblo, junto al arroyo cuyas orillas están cubiertas de pedregullo. Los cantos rodados nos sirvieron de proyectiles. Quedaron varias cabezas rotas, varias narices ensangrentadas, una pierna quebrada en la fuga, pero la victoria fue nuestra, tan brillante que la mayoría de los guerristas se enroló en mis huestes, y Pancho se quedó solo y desprestigiado para siempre.

Esta especie de pastoral de sabor tan genuino y rústico duró hasta mis quince años, y hoy no puedo recordar ninguna de sus ingenuas estrofas sin una sonrisa enternecida, sin una nubecilla húmeda en los ojos...

- IV -

Antes de los quince años había comenzado ya mi historia pasional -que así debe llamarse, libre como estaba de todo sentimentalismo-. Bajo la influencia del clima y las costumbres -ardiente el uno, libres las otras por su mismo carácter patriarcal-, en los pueblos de provincia y hasta en las capitales populosas, el hombre despertaba en el cuerpo del niño cuando en otros países apenas si apuntarían las primeras vislumbres de la adolescencia. La iniciación de los muchachos era siempre ancilar: las inmensas casas bonaerenses, y más aún las provincianas y campesinas, con tres grandes patios y a veces huerta, llenas de vericuetos, escondrijos y rincones no frecuentados por la gente mayor, hacían ineficaz la vigilancia paterna despertada por algún síntoma o indicio que aconsejara la represión, tanto más cuanto que los criados eran por lo común cómplices y encubridores, a cambio de reciprocidad. Poco a poco, este defecto de nuestra organización doméstica, tan contrario a los principios entonces imperantes, ha venido modificándose, no tanto por mayor disciplina moral, cuanto por la fuerza de las circunstancias que, dando enorme valor a la tierra, han empequeñecido las casas, facilitando la observación y agrupando más la familia. Véase cómo causas al parecer muy lejanas en la materialidad de las cosas producen en la conducta de los hombres los más inesperados efectos. En este caso, los instintos en libertad se han visto paulatinamente coartados por las exigencias de la vida, es decir, por las manifestaciones de ellos mismos, bajo otra forma.

Yo, por mi parte, en aquel tiempo, no podía estar menos vigilado ni gozar de mayores libertades; era dueño de mí mismo, y en esta independencia total realicé actos que no son para contarlos y a los que sólo me refiero por la influencia que tuvieron después sobre mi carácter. Mamita pasaba los días taciturna y casi inmóvil, cosiendo, tomando mate o rezando, presa de incurable melancolía, que sólo ahuyentaba un momento para abrazarme y besarme con transporte enfermizo. Tatita, siempre ocupado o entretenido fuera de casa, no tenía tiempo ni quizá interés de imponerme una moral medianamente rígida. No los critico ni hay para qué. Sin duda, ella, en su candor de mujer siempre aislada, no llegó nunca a sospechar que mi inocencia corriera peligro, y mi padre pensaba, probablemente, que no tenía por qué preocuparse de cosas que habían de suceder más tarde o más temprano, tratándose de un muchacho robusto, de salud de hierro, alegre, decidido, apasionado, que sólo se enfermaba, o mejor, enervaba, con la oposición a sus antojos y la restricción a su autonomía. ¿Qué quiere un padre, si no es que sus hijos resulten bien aptos para la vida y sepan manejarse por sí solos, en lo sentimental como en lo material, en lo intelectual como en lo físico?

A un buen padre, como yo lo entiendo, le basta, en suma, con que sus hijos sean inteligentes y no le falten al respeto. Era nuestro caso. Yo daba pruebas de no ser tonto y estaba muy lejos de no respetar a mi padre. Por el contrario, le admiraba y veneraba, porque era el caudillo indiscutible del pueblo, y todos le rendían pleito homenaje, porque siempre fue «muy hombre», es decir, capaz de ponérsele delante al más pintado y de arrostrar cualquier peligro, por grave que fuese; porque tenía una libertad de palabra demostrativa de la más plena confianza en sí mismo; porque montaba a caballo como un centauro y realizaba sin aparente esfuerzo los ejercicios camperos más difíciles, las hazañas gauchescas más brillantes, sea trabajando con el ganado en alguna estancia amiga, sea en las boleadas de avestruces, o en las carreras, en el juego de pato, en las domadas; porque se distinguía en la taba, el truco, la carambola, el casín, el choclón y la treinta y una, amén de otros juegos de azar y de destreza, y porque criaba los mejores gallos de riña del departamento en una serie de cajones puestos en fila, en el patio de casa, frente a mi cuarto; porque, gracias a él, con quien nadie se atrevió nunca, yo podía atreverme impunemente con cualquiera. En suma, era para mí un dechado de perfecciones, y yo me sentía demasiado orgulloso de él, demasiado satisfecho de su protección directa e indirecta para que este orgullo y esta satisfacción no se tradujeran en un gran cariño y en una veneración *sui generis*, semejante al efecto admirativo hacia el camarada más fuerte, más apto y más poderoso, que accede, sin embargo, bondadosamente a todos nuestros caprichos.

Como más de una vez, siendo yo muy niño aún, me llevó a las carreras, las riñas y otras diversiones públicas, y como nunca tomaba a mal mi presencia en aquellos sitios -ni a bien tampoco, porque siempre hizo como que no me veía-, pronto me aficioné y acostumbré a correr, también, la caravana, y no tardé en conocer todos los rincones más o menos misteriosos de Los Sunchos, trinquetes, casas de baile y demás. En cambio, me faltaba tiempo para frecuentar escuela, pese a mi cargo inamovible de monitor, pero esto no era un mal, porque, sabiendo ya leer, creo que don Lucas hubiera podido enseñarme bien poca cosa más -quizá la ortografía, que he ido aprendiendo luego, en el camino-. Pedro Vázquez no faltaba, y nunca quiso acompañarme en mis correrías a la hora de clase.

-¡Sos un sonso! ¡Para lo que se aprende en la escuela!

-Papá dice que eso es bueno, porque uno se acostumbra a la disciplina y al trabajo, y como me va a mandar a estudiar en la ciudad... -me contestaba Pedro, gravemente, muy cómico con su gran «chapona» crecedora, los pantalones por los tobillos y el chambergo de anchas alas.

-¡Se necesita ser pavo! -reía yo, encogíendome de hombros y corriendo a mis diversiones con un gran desprecio en el alma hacia la parte tonta de la humanidad.

Entretanto mi educación se completaba en otros sentidos: iniciábame rápidamente en la vida bajo dos formas, al parecer antagónicas, pero que luego me han servido por igual: la fantástica, que me ofrecían los libros de imaginación, y la real, que aprendía en plena comedia humana. Esta última forma me parecía trivial y circunscrita, pero consideraba que su mezquino aspecto era una simple peculiaridad de nuestra aldea y que su campo de acción estrecho, embrionario, se ensancharía y agigantaría en las ciudades, hasta adquirir la maravillosa amplitud que me sugerían las novelas de aventuras. Pero aún no sentía el deseo de vivir la vida, para mí extraordinaria, de los grandes centros, y el mismo proyectado viaje de Vázquez no me causó la menor envidia; bastábame imaginarla y soñar con ella, porque estaba entonces hartamente absorbido por las personas y las cosas de mi ambiente, y me decía por instinto, sin reminiscencia histórica alguna: «Más vale ser el primero aquí que el segundo en Roma». Es que, en realidad, me divertía, satisfaciendo todos mis apetitos, en la forma que más arriba dejo anotada. Para no ser demasiado explícito, agregaré, tan sólo, que me había hecho asiduo lector de Paul de Kock, de Pigault-Lebrun, del abate Prévost, traducidos al castellano, pero que si bien estos autores me divertían no me contaban nada nuevo, aparte algunas inverosímiles intrigas. Me hacían, sí, soñar, en ocasiones, con aventuras imposibles o difíciles, más altas y envanecedoras que la resignada pasividad del estropajo o su servil provocación. Con las vulgares realizaciones de los libros humorísticos luchaba mi imaginación y el idealismo sensual de algunas novelas románticas, y estas dos fases de la sensación, conviviendo en mi cerebro, me hacían pensar ora en la mujer tal cual la conocía, con el simple atractivo del sexo, ora en esa entidad superior de la «gran dama», golosina exquisita y complicada.

Estos sueños, no me cabía duda, eran realizables y se realizarían después, cuando hubiera conquistado brillante posición, cuando hubiera hecho... ¿Hecho, qué? Lo ignoraba, pero debía ser alguna hazaña notable, algo dentro del género guerrero o político, una victoria decisiva sobre el enemigo -¿qué enemigo?- que me hiciera un nuevo Napoleón; o un triunfo colosal sobre mis adversarios -¿qué adversarios?- llave que me abriese de par en par las puertas del poder; o la adquisición de una fortuna inmensa -¿por qué herencia, lotería o hallazgo?- que me convirtiera en un Montecristo criollo. Todo esto era, naturalmente, nebuloso y variable, y mi ambiciosa voluntad estaba indecisa y como ciega, sin acertar a trazarse un camino, una norma de conducta que la llevara a las grandes realizaciones. Las circunstancias no eran propicias, y largo tiempo esperé en vano una oportunidad que me iluminara, invitándome a la acción.

Sin embargo, la princesa o su sucedáneo estaba muy cerca y en forma tangible: vivía frente a casa, en un bosque durmiente, aguardando que yo fuera a despertarla.

Era la hija única de don Higinio Rivas (don Inginio para el pueblo), personaje que compartía con mi padre, muy secundariamente, la dirección política del departamento. Se llamaba Teresa y, según la ve ahora mi experiencia, no pasaba en aquel tiempo de ser una muchacha casi tan vulgar como su nombre (¿o es que el nombre me parece vulgar porque lo llevaba ella?). Sin embargo resultaba entonces para mí la flor de la maravilla, porque tenía el divino prestigio de la juventud, y porque en nuestra democracia campesina ocupaba en realidad un puesto análogo al de una princesa, así como yo podía parecer un príncipe sin corona. Morena, de cabellos y ojos negros, cara oval, nariz fina y recta, boca grande y roja, barbilla un tanto avanzada, sin rasgo alguno notable, tenía, no obstante, una tez aterciopelada de morocha, sonrosada en las redondas mejillas, que era un verdadero encanto e invitaba a besarla o a morderla como un fruto maduro; de estatura mediana, gruesa por falta de ejercicio y exceso de golosinas y mate dulce, parecía bajita y esto le afeaba un tanto el cuerpo que, más esbelto, hubiera resultado gracioso. En cambio, tenía el don de atraer con su mirada bondadosa y suave, como lejana o dormida, y con su palabra lenta y melosa a causa de un ligero ceceo y de las inflexiones largas y cantantes de la voz. Era, en suma, una criollita poco excepcional, pero en Los Sunchos hubiera obtenido el primer premio, a estilarse allí los concursos de belleza. Siempre a una ventana del viejo caserón que, rodeado de árboles, daba frente a casa en la calle de la Constitución, Teresa, que fue mi compañera en la primera infancia, me seguía infatigablemente con los ojos en mis continuas idas y venidas, sin que yo parara mientes en aquel interés ni tratara de investigar sus causas. Pero cuando sentí las iniciales aspiraciones amorosas y comencé a soñar en la mujer ideal, el instinto me llevó a fijar la vista en ella, como en la posible realización de mi deseo poético de conquistar el primer perfume de una flor de invernáculo, o por lo menos de jardín cultivado y custodiado. Aquel *hortus conclusus* llegó, en fin, a detener mi atención y a despertar en mí un sentimiento exteriormente parecido al amor; amor cerebral, apenas, primer despertamiento de la imaginación en consorcio con los sentidos, como lo prueba la forma en que me di cuenta de que lo experimentaba...

Era una noche, tarde ya, y mientras todos dormían en casa, yo leía con entusiasmo la *Mademoiselle de Maupin*, de Teófilo Gautier; como a Paolo y Francesca los amores de Lancelotto, aquel libro sensual me produjo extraordinario y repentino vértigo. La sugestión surgió, imperativa, y, como si se iluminara de golpe mi cerebro, vi rodeada de un nimbo la imagen de Teresa, tal como nunca se había presentado a mis ojos ni a mi imaginación, hermosa, provocativa, con un encanto nuevo y fascinador. Tan poderoso fue este choque recibido por mi espíritu, que -cual si se tratara de una cita convenida de antemano-, salté de la cama con arrebatos infantiles, me vestí a toda prisa, y sin pensar en la ridiculez y la inutilidad de mi acción, salí a la calle y, envuelto en la sombra de la noche, sola ánima viviente en el pueblo amodorrado, comencé a tirar piedrecitas a los vidrios de la que improvisamente llamaba ya «mi novia», con la esperanza de verla asomarse y de trabar con ella el primer coloquio sentimental, vibrante de pasión... Como ni ella ni nadie se movió en la casa, al cabo de una hora de salvos inútiles me volví desalentado, como quien acaba de sufrir un desengaño terrible, creándome toda una tragedia de indiferencia, infidelidades y perfidias, en que no faltaban ni el rival, ni el perjurio, ni el arma homicida con sus consiguientes lagos de sangre.

¡Oh imaginación desenfadada! ¿Quién podrá admitir que, sin otra causa que el propio demente arrebatos, aquella noche pensé en el suicidio, lloré, mordí las almohadas y representé para mí solo toda una larga escena de violencias románticas...? Hoy quizá me explique aquel estado de ánimo. De ahí podía decirse, seguramente, que por la edad y el temperamento, amén de las lecturas especiadas, me hallaba en el punto en que no se ama una mujer, ni la mujer en general, sino sencillamente en que se comienza a amar el amor; situación difícil y peligrosa, a poco que falten los derivativos.

Pero, con toda mi desesperación, después de divagar, algo febril, acabé por dormirme tan tranquilo como si nada hubiese pasado. La pesadilla en vigilia cedió su lugar al sueño sin ensueños de la adolescencia que se fatiga hasta caer rendida con el esfuerzo físico de largas horas.

- V -

Al día siguiente, bien temprano, cuando desperté, como si el sueño hubiese sido sólo un paréntesis, y aunque me sintiera fresco, dispuesto y con la cabeza despejada, reanudose la pesadilla y la imaginación recobró sobre mí su imperio tiránico. Menos nervioso, sin embargo, me vestí con un esmero que no acostumbraba, y me dirigí a casa de Teresa, resuelto a aclarar la situación, absolver posiciones, y, si a mano venía, enrostrarle su desvío y acusarla de traición. Y, en pleno drama, me sentía alegre.

Ya he hablado de la vehemencia de mi carácter y de mi empuje para realizar mi voluntad; no extrañará, pues, que en aquella época estas peculiaridades llegaran a la ridiculez, y menos si se tiene en cuenta, por una parte, que dada la inexperiencia de la muchacha mi tontería no resultaría para ella ridícula, sino dramática, y por otra, que aquella mañana primaveral hacía un calor bochornoso y enervante, soplaban el viento norte, enloquecedor, el sol, a pesar de la hora temprana, echaba chispas, y la tierra, húmeda con las lluvias recientes, desprendía un vaho capitoso, creando una atmósfera de invernáculo.

Don Inginio acababa de salir a caballo, y Teresa tomaba mate, paseándose lentamente en el primer patio, cuando yo llegué. Al atravesar nuestro jardín soleado y la calle, cuyo suelo de tierra abrasaba bajo el sol, sentí como un zumbido en el cerebro, y toda mi tranquila frescura desapareció. No vi a Teresa, no vi más que una imagen confusa, morena y sonrosada, con largas trenzas cadentes sobre el suelto vestido de muselina, y olvidando toda la escena combinada en mi cuarto, corrí hacia ella, la así de la cintura y exclamé con arrebatos, como si la niña estuviera ya al corriente de cuanto había pasado o yo imaginara:

-¿Por qué sos así?

Este ex abrupto, casi demente, produjo su efecto natural, cuya lógica comprendí, aunque no estuviese acostumbrado a tales repulsas. No se trataba de una de mis siervas, y aquel arranque la sobrecogió, la espantó, la indignó. Con violento ademán, se libertó de mi brazo, y en su movimiento medroso y brusco dejó caer y rodar por las baldosas el mate, que se rompió con sordo ruido, mientras la bombilla de plata saltaba repicando con notas argentinas.

La reacción se produjo bruscamente en mí. Al acto impulsivo y brutal siguió una timidez extrema. Quise decir algo y sólo acerté a iniciar la frase con un risible «pero... pero...» varias veces repetido. Traté, nuevo Quijote, de recordar alguna circunstancia análoga, leía en los libros, pero no evoqué sino hechos vagos y caricaturescos, enteramente fuera de situación y, con el amor propio herido por la vergüenza, allí hubiera puesto fin a las cosas, si la muchacha, magnífica e instintivamente femenina, no me hubiera tendido un puente y quitado toda importancia a la escena, diciéndome con su ligero ceceo, mientras recogía la bombilla y los restos del mate:

-¡Qué zuzto me haz dado! Eztaba diztraída.

No agregó más. Era innecesario y no le hubiera sido fácil. Pero aquellas pocas palabras bastaron para devolverme el aplomo y me permitieron buscar un nuevo plan, otro punto de partida para el ataque. Y, sin mucho cavilar, comprendiendo instintivamente que en el presunto enemigo podía ver un secreto aliado, comencé por donde primero se me ocurrió, es decir, por la más tonta de las trivialidades.

-¿Has visto -pregunté con acento indiferente- la cantidad de macachines que hay en el campo?

Como si aquello la interesara de veras, sonrió, dio un paso hacia mí, e inquirió, clavándome los ojos, negros y francos:

-¿Hay muchoz?

-¡Muchísimos! ¿Querés que te traiga?

-¿Con ezte zolazo? ¡No, no! Te podría dar un ataque a la cabeza.

-¡Bah! El sol no me hace nada. Siempre ando al sol y nunca me hace nada.

-Además, no me guztan.

Lo dijo con mucha coquetería, ruborizada, encantadora por el ceceo, la sonrisa tierna, el brillo feliz de los ojos. Yo busqué otro obsequio.

-¿Y los huevos de gallo?

-¡Oh! Ezo zí; pero no para comerloz: loz pongo en loz floreroz, con loz penachoz de cortadera, y rezultan máz bonitoz...

-¡Pues ya verás! ¡Ya verás el montón que te traigo! -exclamé con resolución, como si prometiera realizar una hazaña, tanto que, alarmada, tratando de detenerme dulcemente, porque yo salía ya a toda prisa:

-¡No vayaz a hacer ningún dizparate, Mauricio!- suplicó.

-¡Dejá, dejá no más!

Y salí corriendo, sí. Por tres razones: porque la situación, mucho menos tirante que en un principio, no dejaba todavía de serme embarazosa; porque aquel pretexto, aunque traído de los cabellos, me servía a maravilla para retirarme con dignidad, dejando pendiente la escena, y porque acababa de ocurrírseme un acto romántico que, trasnochado y todo, era de los que siempre producirán gran efecto en el corazón femenino. Huevos de gallo, no había, por el momento, sino en una barranca a pico, junto al arroyo, y las matas de la plantita silvestre, cuyos frutos aovados y nacarinos son la delicia de los muchachos, colgaban sobre lo que podía llamarse un abismo, apenas más arriba de las cuevas de los loros barranqueros, expertos descubridores de sitios inaccesibles para instalar su nido.

Los que arriesgan la vida por realizar el capricho de una mujer amada, sea en las traidoras neveras, buscando la flor de los hielos, sea en el cubil para recoger un guante perfumado entre las fauces de las fieras, tenían toda mi admiración, no sólo por su heroísmo, sino también porque su voluntad les llevaba a la realización de sus apasionados deseos. ¡Ésos son hombres! Quieren un triunfo, un placer, y se lo pagan sin fijarse en el precio, más grandes que quien tira su fortuna por un capricho, aunque éste sea muy grande también, pese al ridículo de que suelen rodearlo los que no comprenden su acción heroica. Yo me sentía capaz de hacer lo mismo que los primeros, y agregaré que aun me sentiría con disposiciones análogas, si el motivo determinante fuera de mayor cuantía. Así como en la adolescencia fui capaz de exponerme por ofrecer huevos de gallo a una chiquilla, así también, ahora que peino canas, me siento apto para intentar cualquier esfuerzo, heroico o no, loable o vituperable, si de él depende el logro de un fin que me importe mucho. Qué fin no hace al caso. Bástame con afirmar mi capacidad de acción.

Una hora después de mi brusca partida, volvía yo a casa de Teresa con el pañuelo lleno de grandes perlas verdosas, semitransparentes, que se destacaban sobre el verde más oscuro y sucio de las hojas. La niña recibió el regalo con regocijo y se empeñó en que le contara dónde y cómo había hecho la hermosa cosecha. En el lenguaje tosco e impreciso que era entonces mi único medio de expresión, relaté la aventura, el descenso hasta la mitad de la Barranca de los Loros, valiéndome de una cuerda atada a un árbol al borde del abismo, los chillidos alborotados y furiosos de los loros al creerse atacados, las oscilaciones de la cuerda en el vacío, mientras arrancaba la fruta y la metía en los bolsillos, el dolor de las manos quemadas por el roce violento, la dificultad de la ascensión final, cuando hubiera sido tan fácil, si la cuerda alcanzara, bajar hasta el arroyo que corría a diez metros de mis pies... Teresa, maravillada, me acosaba a preguntas, obligándome a completar el relato con minuciosos detalles, muchos de ellos inventados o evocados de mis lecturas, para dar más realce a la proeza. Los ojos le brillaban de entusiasmo. Sus labios, algo gruesos y tan rojos, sonreían con expresión admirativa y al propio tiempo angustiada, mientras sus mejillas se coloreaban y palidecían alternativamente. Cuando terminé:

-¡Muchaz graziaz! -murmuró-. ¡Zoz muy valiente!

Y se puso encarnada como una flor de ceibo, mientras bajaba la vista para mirar las frutitas que sostenía con ambas manos en el delantal.

Pensé que la situación había cambiado radicalmente; pero no me atreví a utilizar sus ventajas, o no encontré el medio de aprovecharlas. Limiteme a decir que aquello no tenía importancia, que cualquiera hubiese hecho lo mismo, que estaba pronto a todo por complacerla... Me dio, en premio, un ramito de jazmines del país, que ella misma cultivaba, y me dijo sonriente, al despedirme:

-Y no hagaz como antez, no ceaz tan «chúcaro». Vení a vernoz de cuando en cuando.

-¡Ya lo creo que vendré!

Y fui todos los días, a veces de mañana y tarde, preferentemente cuando don Inginio no estaba en casa. Renació así la intimidad de la niñez, pero en otra forma. Aunque evidentemente enamorada de mí, aunque cándida y confiada, Teresa se mantenía en una reserva que, en otra mujer, hubiera parecido calculada y hábil. Sin tomar demasiado a mal mis avances, sabía tenerme a distancia y rechazar sin acrimonia toda libertad de acción, permitiéndome, en cambio, todas las que de palabra me tomaba. Éstas no eran muchas, a decir verdad, porque los abstrusos o almibarados requiebros que me proporcionaban algunas novelas me parecían incomprensibles para ella, e inadecuados por añadidura, mientras que las fórmulas oídas en mi mundo rústico e ignorante, las burdas alusiones, los equívocos rebuscados y brutales, la frase cruda, grosera, primitivamente sensual, asomaban, sí, a mis labios, pero no salían de ellos, por una especie de pudor instintivo que era más bien buen gusto innato comenzando a desarrollarse. Jugábamos, en suma, como chiquillos, corriendo y saltando, nos contábamos cuentos y ensueños, y había en ella una mezcla de toda la coquetería de la mujer y todo el candor de la niña, que irritaba y al propio tiempo tranquilizaba mis pasiones...

- VI -

Tal fue la primera parte de mis primeros amores serios, que no pasaron, naturalmente, inadvertidos para don Inginio, quien no les puso obstáculos, sin embargo, considerando que el hijo de Gómez Herrera y la hija de Rivas estaban destinados el uno a la otra, por la ley sociológica que rige a las grandes casas solariegas, en el sentir de los creyentes, todavía numerosos, en estas aristocracias de nuevo o de viejo cuño. Aquel astuto político de aldea calculaba, sin duda, que si bien mi padre no poseía una fortuna muy sólida, el porvenir que se me presentaba no dejaría de ser, gracias a mi nombre, fácil y brillante, sobre todo si Tatita y él se empeñaban en crearme una posición. Ni al uno ni al otro les faltaban medios para ello, y los dos unidos podrían hacer cuanto quisieran.

Bajo y grueso, con la barba blanquecina y los bigotes amarillos por el abuso del tabaco negro, la melena entrecana, los ojos pequeños y renegridos, semiocultos por espesas cejas blancas e hirsutas, la tez tostada, entre aceitunada y rojiza, don Inginio parecía físicamente un viejo león manso; moralmente era bondadoso en todo cuanto no afectaba a su interés, servicial con sus amigos, cariñoso con su hija, libre de preocupaciones sociales y religiosas, de conciencia elástica en política y administración, como si el país, la provincia, la comarca, fueran abstracciones inventadas por los hábiles para servirse de los simples, socarrón y dicharachero en las conversaciones, a estilo de los antiguos gauchos frecuentadores de yerras y pulperías. Rara vez se quedaba entre Teresa y yo; prefería dejar que el destino urdiera su tela, pronto, sin embargo, a intervenir en el momento oportuno para la mejor realización de sus proyectos. Aunque conociera gran parte de mis diabluras y excesos, parecía no temer que yo abusara de la situación, quizá por su absoluta confianza en Teresa, quizá también porque contaba con mi temor y mi respeto hacia él, considerándose excepcionalmente defendido por su prestigio y por su propio interés. Para demostrarme cuál era éste, me decía a menudo que mi padre y él harían de mí «todo un hombre», haciéndome vislumbrar la fortuna y el éxito. Teresa, al oírlo, aprobaba calurosamente, y yo me quedaba perplejo, sin poder adivinar sus planes, e intrigado con ellos.

-¿Qué quiere decir don Inginio cuando habla de hacerme «todo un hombre»? -pregunté un día a Teresa-. ¿Te ha dicho algo sobre eso?

-Puede ser -contestó con sonrisa indefinible, llena de reticencias-. Lo único que puedo decirte -agregó, muy afirmativa-, es que Tatita te quiere mucho, y que siempre hace todo lo que dice.

No tardaría, por mal de mis pecados, en conocer aquellos proyectos, que habían de darme los primeros días desgraciados de mi vida.

Entretanto, y como si temiera un pesar futuro, Teresa me demostraba un afecto cada vez más tierno, entusiasta y confiado, y me miraba con cierta admiración, dulce caricia a mi amor propio y causa de oscura felicidad.

Satisfecho por el momento con estas sensaciones tan gratas, no intenté renovar la fracasada tentativa y me mantuve en actitud correcta, desahogando el exceso de mi vitalidad, el ansia insaciada de acción, en las antiguas correrías picarescas con los pillastres del pueblo que, ya mayorcitos, habían ensanchado, como yo, el teatro de sus diversiones, refinando y complicando también los elementos de éstas. Pero cada vez me sentía menos interesado por mis camaradas. Más precoz que casi todos ellos, atraíanme los hombres hechos y derechos, cuyos placeres me parecían más intensos y picantes, más dignos de mí, y por esto se me veía continuamente en los cafés, donde se jugaba a los naipes, en el refidero, en las canchas, en todos los puntos de alegre reunión, donde, si no se me recibía con regocijo, tampoco se me demostraba enfado ni desdén.

Pero esta agradable vida y mis inocentes amores se interrumpieron a un tiempo, de allí a poco. Tatita, inspirado por don Inginio, según supe después -y aquí comienza la realización de los misteriosos proyectos de éste-, declaró un día que la enseñanza de don Lucas era demasiado rudimentaria para prepararme al porvenir que me estaba deparado, y que había resuelto hacerme ingresar en el Colegio Nacional de la provincia, antesala de la Facultad de Derecho, a la que me destinaba, ambicionando verme un día doctor, quizá ministro, gobernador, presidente... Recuerdo que, al comunicarme su decisión, lo hizo agregando juiciosas consideraciones.

-El saber no ocupa lugar. Pero no es eso sólo. En la ciudad te relacionarás muy bien, gracias a mis amigos y correligionarios, y una relación importante, una alta protección, valen más en la vida que todos los méritos posibles. También, sepas o no sepas, el título de doctor ha de servirte de mucho. Ese título es, en nuestro país, una llave que abre

todas las puertas, sobre todo en la carrera política, donde es imprescindible, cuando se quiere llegar muy lejos y muy alto. Algunos han subido sin tenerlo, pero a costa de grandes sacrificios, porque no ostentaban esa patente de sabiduría que todo el mundo acata. Pero, en fin, aunque no llegaras a ser doctor, siempre habrías ganado, en la ciudad, buenas cuñas para los momentos difíciles y para el ascenso deseado, conociendo y conquistándote a los que tienen la sartén por el mango y pueden «hacerte cancha» cuando estés en edad.

La resolución de mi padre me dio un gran disgusto, pues preví que cualquiera cosa nueva sería peor que la vida de holganza y libertad a que estaba acostumbrado. Me opuse, pues, con toda mi alma, protesté, hasta lloré, tiernamente secundado por Mamita, que no quería separarse de mí, y para quien mi ausencia equivalía a la muerte, siendo yo el único lazo que la ligaba a la tierra. Mi resistencia, airada o afligida, según el momento, fue tan inútil como las súplicas maternas: Tatita no cedió esta vez, tan profundamente lo había convencido don Inginio, entre otras cosas con el ejemplo de Vázquez, fletado meses antes a la ciudad, aunque su familia no tuviese los medios de la nuestra.

-Mire, misia María -dijo irónicamente mi padre a Mamá, que insistía en tenerme a su lado-. Deje que el mocoso se haga hombre. Prendido a la pretina de sus polleras, no servirá nunca para nada.

Mi madre calló y se limitó a seguir llorando en los rincones, de antiguo sometida sin réplica a la voluntad de su marido. Rogó y consiguió, tan sólo, que se me pusiese en una casa cristiana, donde no hubiera malos ejemplos, perdición de los jóvenes, juzgándome, en su candor, tan blanco e inocente como el cordero pascual. Yo, entretanto, fui a desahogar mi dolor en el seno amante de Teresa.

¡Con qué asombro vi que consideraba mi destierro como un sacrificio penoso, pero necesario para mi felicidad! Ganas tuve hasta de insultarla, cuando me dijo ceceando, con los ojos llenos de lágrimas, en su lenguaje indeterminado a veces, que mi partida era para ella un desgarramiento, que me iba a echar mucho de menos y le parecía estar completamente sola, como muerta, en el pueblo, pero que, como se trataba de mi bien, se consolaba pensando en volverme a ver hecho un personaje.

-Además -agregó-, la ciudad te va a gustar mucho, te vas a divertir, te vas a olvidar de Los Sunchos y de tus amigos. ¡Esto sería lo peor! -suspiró tristemente-. ¡En cuanto le tomes el gusto ya no querrás volver!

-¡No seas tonta! ¡Lo único que yo quisiera sería quedarme!...

Llegó el día de la partida. Momentos antes de la hora corrí a despedirme de Teresa, que me abrazó por primera vez, espontáneamente, llorando, desvanecida la entereza que se había impuesto para infundirme ánimo. Yo me conmoví, sintiendo por primera vez también que quería de veras a aquella muchacha o que tenía un vago temor de lo futuro desconocido y me aferraba conservadoramente a la familia.

En casa, Mamita, hecha un mar de lágrimas, renovó la escena, dramatizándola hasta el espasmo, y su desconsuelo produjo en mí una extraña sensación. No había que exagerar tanto; yo no me iba a morir y puede que, por el contrario, me esperaran muchos momentos agradables en la ciudad... La desesperación materna tuvo la virtud de devolverme la sangre fría.

Cuando, en la puerta de casa, se detuvo la diligencia que, tres veces por semana, iba de Los Sunchos a la ciudad y de la ciudad a Los Sunchos, habían llegado en manifestación de despedida los notables del pueblo: don Higinio Rivas, alegre y dicharachero, el intendente municipal, don Sócrates Casajuana, muy grave y como preocupado de mi porvenir, el presidente de la Municipalidad, don Temístocles Guerra, protector conmigo, servil con Tatita, el comisario de policía, don Sandalio Suárez, que, tirándome suavemente de la oreja, tuvo la amabilidad de explicarme: «En la ciudad no hay que ser tan cachafaz como aquí. Allí no hay Tatita que valga, y a los atrevidos los atan muy corto». Entre otros muchos, no olvidaré a don Lucas, que creyó de su deber alabar mis altas dotes intelectuales y de carácter, y vaticinarme una serie indefinida de triunfos:

-¡Este joven irá lejos! ¡Este joven irá muy lejos! ¡Será una gloria para su familia, para sus maestros -entre los cuales tengo el honor de contarme, aunque indigno-, para sus amigos y para su pueblo!... Estudie usted, Mauricio, que ningún puesto, por elevado que sea, resultará inaccesible para usted...

En seguida, como si sus vaticinios fueran de inminente realización, agregó:

-Pero, cuando llegue la hora de la victoria, no olvide usted al humilde pueblo que ha sido su cuna, haga usted todo cuanto pueda por Los Sunchos.

-¡Sí! ¡Que nos traiga el ferrocarril, y... y un banquito! -dijo burlonamente don Inginio.

Todos rieron, con gran disgusto de don Lucas, que quería ser tomado en serio.

Isabel Contreras, mayoral de la diligencia, subía entretanto nuestro equipaje a la imperial -la valija de Tatita y dos o tres maletas atestadas de ropa blanca, de dulces y pasteles, amén de una canasta con vituallas para almorzar en el camino-. Muchos apretones de manos. Mamita me abrazó, llorando desgarradoramente.

-¡Vamos! ¡Arriba, que se hace tarde!

Papá y yo ocupamos el ancho asiento del cupé, hubo algunos gritos de despedida, recomendaciones y encargos confusos, la galera echó a andar con gran ruido de hierros, chasquidos de látigo, silbidos de los postillones y ladridos de perros, seguida a la carrera por una pandilla de muchachos desarrapados que la acompañaron hasta el arrabal. Teresa se había asomado a la ventana, y, lejos ya, desde el fondo de la calle Constitución, todavía vi flotar en el aire su pañuelito blanco...

- VII -

El viaje en la galera, muy agradable y divertido, en un principio, sobre todo a la hora de almorzar, que adelantamos bastante para entretenernos en algo, resultó a la larga interminable y molesto, aun para nosotros que no íbamos estibados entre bolsas y paquetes, como los infelices pasajeros del interior.

-¡Qué brutos hemos sido en no venirnos a caballo!- decía mi padre.

Él utilizaba muy poco la diligencia, prefiriendo los largos galopes, que lo dejaban tan fresco como una lechuga, y después de los cuales afirmaba con naturalidad no exenta de satisfacción:

-Veinte leguas en un día no me hacen «ni la cola», con un buen «montado» y otro de tiro.

Pero temía que la jornada fuese demasiado penosa para mí, y no era hombre de hacer noche en mitad del camino, pues consideraría menoscabada con ello su fama de eximio jinete o, más bien, de «buen gaucho». En cuanto a mí, doce leguas era el máximo que había alcanzado en mis excursiones, pero tampoco me asustaban las veinte, en mi petulancia juvenil.

Nuestra única diversión era mirar el campo que parecía ensancharse inacabablemente delante de la galera, lanzada a todo galope de sus doce caballos flacos y nerviosos, atados con sogas, ensillados con cueros que ya no tenían o nunca habían tenido la forma de un arnés, y tres de ellos, a la izquierda, montados por otros tantos postillones harapientos, de chiripá, bota de potro y vincha en la frente, sujetando las negras y rudas crines de su cabellera. Los tres gritaban alternativamente, haciendo girar sobre sus cabezas la larga trenza de su arriador, que caía implacable, ora sobre las ancas, ora sobre la cabeza de los pobres «mancarrones». Contreras, desde su alto pescante, con cuatro riendas en la izquierda, blandía con la derecha el látigo largo y sonoro, nunca quieto, azotando sin piedad los dos caballos de la lanza y los dos cadeneros, y la diligencia, envuelta en una nube de polvo, iba dando saltos en las asperezas del camino, como si quisiera hacerse pedazos para acabar con aquella tortura que la hacía gemir por todas sus tablas, por todos sus hierros, por todos sus vidrios a un tiempo.

Terminaba el verano. Las entonces escasas cosechas de aquella parte del país -hoy océano de trigo- estaban levantadas ya, los rastros tendían aquí y allí sus erizados felpudos, la hierba moría, reseca y terrosa, y el campo árido nos envolvía en densas polvaredas, mientras el sol nos achicharraba recalentando las agrietadas paredes del vehículo. En el paisaje ondulado y monótono, el camino se desarrollaba caprichosamente, más oscuro sobre el fondo amarillento del campo, descendiendo a los bañados en línea casi recta, como un triángulo isósceles de base inapreciable, o subiendo a las lomas en curvas serpentinadas que desaparecían de pronto para reaparecer más lejos como una cinta estrecha y ennegrecida por el roce de cien manos pringosas. Pocos árboles, unos verdes y melenudos, como bañistas que salieran de zambullirse, otros, escasos de follaje, negros y retorcidos, como muertos de sed, salpicaban la campiña, cortada a veces por la faja caprichosa y fresca de la vegetación, siguiendo el curso de un arroyo, pero sin interés, con una majestad vaga, y mucho más para mí, que, medio adormecido, pensaba confusamente en mis compañeros, en Teresa, un poco en mi madre desconsolada y un mucho en la vida de desenfrenado holgorio que llevara durante tantos años en Los Sunchos. ¿Se había acabado la fiesta para siempre? ¿Me aguardaban otras mejores?

En las postas, mientras Contreras, los postillones y los peones «ociosos», lentos y malhumorados, reunían los caballos, siempre dispersos, aunque la galera tuviese días y horas fijos de «paso», los pasajeros todos bajábamos a estirar las piernas entumecidas en la inmovilidad. Como estas postas eran, generalmente, una esquina o pulpería -pongamos mesón, para hablar castellano y francés al mismo tiempo-, se explicará la inevitable ausencia del refresco hípico con la imperativa presencia del refresco alcohólico. Tatita pagaba la copa a todo el mundo, la caña con limonada, la ginebra o el suisé, daban nuevas fuerzas a nuestros compañeros de viaje para seguir desempeñando resignadamente el papel de sardinas. ¡Cómo lo adulaban, exteriorizando familiaridades que parecían excluir toda adulación! ¡Y cómo me sentía yo orgulloso de ser hijo de aquel dominador, tan servilmente acatado!...

Llegamos, por fin, a la ciudad, anquilosados por tan largas horas de traqueteo. La galera rodó por las calles toscamente empedradas, despertando ecos de las paredes taciturnas, y haciendo asomarse a las puertas las comadres, que nos seguían con la vista, curiosas, inmóviles y calladas, ladrar furiosos los perros alborotadores, correr tras el armatoste desvencijado la turba de chiquillos sucios y casi desnudos, cuyo entusiasmo tiene manifestaciones de odio, en la torpe confusión de los instintos y las sensaciones.

Y, al caer la tarde, entre resplandores rojizos, cálida y triste, la galera nos depositó frente a la casa de don Claudio Zapata, «la casa cristiana, donde no había malos ejemplos, perdición de los jóvenes», reclamada por Mamita. Don Claudio y su mujer nos aguardaban a la puerta.

Ambos hicieron grandes agasajos a Tatita, casi sin parar mientes en mí, lo que me lastimó mucho, pensando que estaban llamados a constituir provisoriamente toda mi familia. Con la indiferencia de mi padre y el apasionamiento de mi madre se llegaba a un término medio mucho más caluroso. Y esta primera impresión tuvo una fuerza incalculable: de semi-hombre que era en Los Sunchos, me sentí de pronto rebajado a niño, regresión que iba a seguir experimentando después, y que se manifestó de nuevo, en otras proporciones, cuando me estrené de lleno en la vida bonaerense, años más tarde...

La hembra de aquella pareja -¿era la hembra aquel sargentón de fornidos hombros, pecho como alforjas, porte militar, gran cabellera castaña (postiza, claro), bozo negro en el labio, mano de gañán, mirada imperativa, voz agria y fuerte, nariz de loro, pie de gigante? ¿Era el macho aquel pajarraco enclenque, delgado como una vaina de daga sobre la que se hubiese puesto una pasa de higo con bigote y perilla blancos (caricatura de Tatita), con dos cuentas de azabache en vez de ojos?- La hembra, digo, al verme inmóvil y cortado, dando vueltas al chambergo al borde de la acera, creyó llegado el momento de representar su papel femenino, mostrándose algo afectuosa, y se dirigió a mí, diciéndome las palabras más agradables y maternas que se le podían ocurrir. Pero su voz tenía inflexiones desapacibles y pese a sus melosos aspavientos, me produjo una sensación de antipatía, algo como una intuición de que todo aquello era falso y de que por su parte me aguardaban muchas desazones. Tan honda fue esta impresión que -vuelto a ser niño, como ya dije- los ojos se me llenaron de lágrimas que disimulé y me sorbí como pude por que nadie advirtiera una emoción de que nadie se preocupaba en realidad, pero que hubiera desconsolado a Mamita si la hubiese supuesto y que la hubiera desesperado si la hubiese visto.

Algunos amigos de mi padre, noticiosos de su llegada, acudieron a saludarlo, y poco a poco se llenó de gente la vasta sala desmantelada, de la que recuerdo, como decoración y mueblaje, una docena de sillas con asiento de paja -las de enea, o anea de los españoles- dos sillones «de hamaca», amarillos, montados sobre simples maderas encorvadas, paredes blanqueadas con cal, de las que pendían algunas groseras imágenes de vírgenes y santos, iluminadas con los colores primarios, como las de Épinal, o las alerías, una consola de jacarandá muy lustroso y muy negro, sosteniendo un niño Jesús de cera envuelto en oropes y encajes de papel, el piso cubierto con una vieja estera cuyas quebrajas dibujaban el damero de los toscos ladrillos que pretendía disimular, y el techo de cilíndricos troncos de palma del Paraguay, blanqueados también y medio descascarados por la humedad, como si tuvieran lepra.

Dos chinitas descalzas, y vestidas con una especie de bolsas de zaraza floreada, atadas a la cintura formando buches irregulares y sin gracia, con las trenzas de crin, azul a fuerza de ser negro, pendientes a la espalda, la tez muy morena, las narices chatas, la mirada esquiva y recelosa como de animal perseguido, los ademanes bruscos e indecisos, como de semisalvajes, hacían circular entre las visitas el interminable mate siruposo, endulzado con grandes cucharadas de azúcar rubia de Tucumán, acaramelada con un hierro candente y perfumada con un poco de cáscara de naranja. Eran el acabado reflejo de las chinas de casa -que no he descrito-, pero menos resueltas, menos vivarachas, menos bonitas y más desarrapadas también.

Yo me aburría solemnemente, fuera del ancho círculo regular que formaban las visitas, sentado en un rincón oscuro, olvidado por todos, muerto de hambre, de cansancio y hasta de sueño, porque después de escuchar un rato la chismografía social y política a que se entregaban aquellos ciudadanos, hablando a ratos cuatro y cinco a la vez, mi atención se había relajado y me dejaba presa de un sonambulismo que sólo me permitía oír palabras sueltas, que no me sugerían sino imágenes borrosas e inconexas. Mi padre puso, por fin, término a esta situación, proponiendo un paso «para estirar las piernas», frase cuyo significado interpreté al momento: irían hasta el café o el club a jugar al billar o al truco y a beber el *vermouth* de la tarde. Fui el primero que se puso de pie lanzando un suspiro de liberación. De los visitantes, unos se excusaron, otros se dispusieron a acompañar a Tatita.

-¡No vuelvan tarde, que pronto va a estar la cena! -recomendó misia Gertrudis con una sonrisa avinagrada, la más dulce, sin embargo, de su corto repertorio.

Salimos, pues, y en el trayecto comencé a conocer la «maravillosa» ciudad de calles angostas y rectilíneas formadas por caserones a la antigua española, de un solo piso, algunas con portales anchos y bajos, pretendidamente dibujados a lo Miguel Ángel, sobre cuyo dintel solía verse, entre volutas, ya una imagen de bulto, ya el monograma I. H. S., flanqueados, algo más abajo, por series de ventanas con gruesas y toscas rejas de hierro forjado. A cada cien varas o menos se veía la fachada, el costado o el ábside de alguna iglesia o capilla, el largo paredón de un convento, y de algunas tapias desbordaban sobre la calle las ramas de las higueras, el follaje de las parras, el verdor grisáceo de durazneros y perales polvorientos. Por las ventanas abiertas solían entreverse, al pasar, las habitaciones interiores de las casas, análogas a la sala de don Claudio, con escasos muebles, piso de ladrillo o de baldosa, tirantes visibles, paredes encaladas e ingenuos adornos cuyo motivo principal eran las estampas de santos, las vírgenes de yeso, y a veces un retrato de familia groseramente pintado al óleo. Todo aquello era primitivo, casi rústico, de un mal gusto pronunciado y de una inarmonía chocante, pero debo confesar que esta impresión es muy posterior a mi primera visita, porque entonces, sin entusiasmarme desmedidamente, la ciudad me causó un efecto de lujo, de grandeza y de esplendor que nunca había experimentado en Los Sunchos. ¡Qué hacerle! ¡Nadie nace sabiendo!

Sin embargo, más que todo aquello me gustó la plaza pública, muy vasta y llena de árboles, con una gran calle circular de viejos paraísos cuyas redondas copas verde oscuro se unían entre sí formando una techumbre baja, una especie de claustro lleno de penumbra por el que se paseaban, en fila, dándose el brazo, grupos de niñas cruzados por otros de jóvenes que las devoraban con los ojos o las requebraban al pasar, mientras que los viejos -padres benévolos y madres ceñudas-, sentados en los escaños de piedra o de listones pintados de verde, mantenían con su presencia la disciplina y el decoro.

Apenas mi padre entró en el Café de la Paz con sus amigos, me hice perdiz y corrí a fumar un cigarrillo en el quiosco de madera que, para la música de las «retretas», se elevaba en mitad de la plaza, olvidado del hambre por el gusto de verme libre después de tan larga sujeción. Allí, entre nubes de humo, contemplé admirado aquel para mí enorme hormiguar de gente, y tras de los árboles, las casas y las pardas torres de las iglesias, allá lejos, las colinas que circundan la ciudad dejándola como en un pozo y que el sol poniente iluminaba con fulgores morados y rojizos. Y de repente, un hondo, un irresistible sentimiento de tristeza se apoderó de mí: encontrábame solo, abandonado -como si aquel cinturón de colinas me separara del mundo-, en medio de tanta gente y tantas cosas desconocidas, y me imaginé que así había de ser siempre, siempre, porque no existía ni existiría vínculo alguno entre aquella ciudad y yo. Ningún presentimiento profético me entreabrió el porvenir; todas mis ideas iban directamente hacia el pasado. Volví a experimentar, más aguda, la sensación de hambre, pero aquella congoja del estómago, más que física, parecía producida por el miedo, por una expectativa temerosa, como cuando, muy niño aún, los cuentos de la costurera jorobada me sugerían la presencia virtual de algún espíritu maléfico o la aproximación de algún peligro desconocido. ¡Me sentí tan pequeño, tan débil, tan incapaz hasta de defenderme!... El mismo exceso de esta sensación hizo que la sacudiese, levantándome de pronto y corriendo hacia el Café de la Paz.

Cuando entré, las luces de petróleo, el rumor de las conversaciones, el chas-chas de las bolas en el inmenso billar, la presencia de mi padre y sus amigos me devolvieron la calma. Como todavía recuerdo el aspecto del cielo y de las cosas en aquella tarde memorable, creo que me había perturbado -ayudándola el cansancio y el trasplante- la intensa melancolía del crepúsculo.

En casa de Zapata nos aguardaba hacía rato la cena, gargantuesca como toda comida de gala en provincia.

Alrededor de la mesa de mantel largo, muy blanca pero con tosca vajilla de loza y gruesos vasos de vidrio, además de don Claudio, misia Gertrudis, mi padre y yo, sentáronse varios convidados de importancia: don Néstor Orozco, rector del Colegio Nacional, don Quintiliano Paz, diputado al Congreso, el doctor Juan Argüello, abogado y senador provincial, don Máximo Colodro, intendente de la ciudad, y el doctor Vivaldo Orlandi, médico italiano, situacionista, que acumulaba los cargos de director del hospital, médico de policía y de la Municipalidad, profesor del Colegio Nacional y no recuerdo qué otra cosa, con gran ira y escándalo de sus colegas argentinos.

El que absorbió toda mi atención en los primeros momentos fue, con justicia, el doctor Orlandi. Hombre de cincuenta y cinco a sesenta años, alto, delgado, seco, de ojos negros, pequeños y vivísimos, cutis aceitunado y rugoso, nariz aguileña algo rojiza en el extremo, gran cabellera que, como el bigote y la perilla que llevaba a lo Napoleón III, era de un negro tan natural que resultaba sobrenatural; decía pocas palabras, con rudo acento piamontés, en tono siempre sentencioso y dogmático. Después me aseguraron que era un cirujano habilísimo, el mejor de las provincias, y que en su mano hubiera estado conquistar, como médico, la misma capital de la República. Esto no me admiró tanto como su sombrero de copa, inmenso y brillante, que llevaba de medio lado y hundido hasta las cejas cuando andaba por la calle y que, en la circunstancia, había puesto cuidadosamente sobre una de las consolas de jacarandá. También me ocupó don Néstor, anciano bajo y grueso, blanco en canas, de cara de luna llena, muy risueño siempre, amable conversador de ancha y roja boca, cuyos labios carnosos y sensuales relucían húmedos como besando las palabras que modulaba no sin gracia con una especie de cadenciosa melopea. Le gustaba hablar de «los tiempos de antes», y al referirse a su juventud parecía buscar el testimonio de misia Gertrudis con una sonrisa picarescamente expresiva. Varias veces se insinuó, en la mesa que «había sido muy diablo», cosa que me hizo mucha gracia, sobre todo cuando replicó:

-Y no lo tienten al diablo... Porque todavía, todavía... Y acuérdense que más sabe por viejo que por diablo... ¿No es así, misia Gertrudis?

-¿Qué quiere que yo sepa, don Néstor?- contestó evasivamente el sargentón, con un tono de enfado que hizo sonreír a todos menos al marido.

Cuando mi padre habló, por fin, de mí, al servirse los postres -arroz con leche cubierto de canela en polvo, dulce de zapallo y de membrillo y tabletas y confites de Córdoba- yo me estremecí en el extremo de la mesa a que me habían relegado con la orden tradicional de «no meter mi cuchara», vale decir de no desplegar los labios, como si quisieran que «aprendiese para estatua». Me estremecí porque Tatita dijo:

-Aquí tienen ustedes un mocito que quiere hacerse hombre. Viene a estudiar para «doctor» y cuenta, como yo cuento, con la ayuda de los amigos. Es muy pollo todavía, pero tiene envidia suficiente para no quedarse aplastado a lo mejor. Va a entrar al Colegio Nacional, y usted, don Néstor, bien puede darle una manito.

-Con mucho gusto -contestó el interpelado-. Hasta le pondremos cuarta si es preciso -agregó mirándome con sonrisa entre burlona y afectuosa-. ¿Estás bien preparado para el examen de ingreso?

-¿Cómo dice? -balbuicé, no entendiendo la pregunta y con toda mi indígena descortesía, como si fuera el más «chúcaro» de mis jóvenes convecinos.

-Que si has terminado tus estudios en la escuela de Los Sunchos.

Comprendiendo a medias, contesté, no sin cierto orgullo:

-Era monitor.

-¡Ah! -exclamó don Néstor, divertidísimo-. ¿Conque monitor? ¡Está bueno! ¡Está bueno! Ser monitor no es moco de pavo, pero...

Tatita corrió en mi auxilio diciendo socarronamente:

-La verdad... La verdad es que no sabe muy mucho; pero hay que considerar... hay que considerar lo brutos que son los maestros de campaña... Y el tal don Lucas de Los Sunchos es tan mulita que no sirve ni para «rejuntar» leña... Vaya, don Néstor, no se haga el malo y no me abatate al chico... ya sabe que en el camino se hacen bueyes... ¡Y usted, doctor -dirigiéndose a Orlandi-, dé un «arrempujoncito», pues, hombre!

Esto fue dicho con tal jovialidad bonachona que todos se echaron a reír; todos menos, naturalmente, doña Gertrudis, que no conseguía llegar a mostrarse amable ni aun para adular a Tatita.

-Tien l'aspetto mucho inteligente -sentenció el doctor, examinándome con sus ojillos escrutadores-. Y los cóvenes creollos aprenden muy fáchile.

-Eso es verdad -asintió don Néstor-. Nuestra muchachada es viva como la luz. En cuanto a éste, ya se despertará en el Colegio. Si para admitir a los que vienen del campo exigiéramos que se presentaran al examen de ingreso como unos Picos de la Mirándola, el Colegio quedaría monopolizado por la ciudad. Por eso el examen es, a veces, una mera formalidad, casi un simulacro... Podemos hacer esta concesión, confiando en nuestro excelente plan de enseñanza y en el saber de nuestros profesores, amiguito: el Colegio Nacional no es la escuela primaria de Los Sunchos. ¡Aquí se hacen hombres!

Ya apareció aquello: «¡Se hacen hombres!» Este idiotismo había de perseguirme toda la vida sin que hasta ahora sepa yo lo que quiere decir.

-Preséntese el niño sin cuidado -continuó don Néstor, volviendo a su húmeda sonrisa que había abandonado un instante-. Ahora lo traerán como si lo presentaran en bandeja. Pero después ¡cuidado con los exámenes de fin de curso! ¡Entonces... entonces habrá que saber, amiguito; hay que hamacarse!

Todo aquello de exámenes, Colegio, profesores, plan de estudios, me parecían a veces pamplina, palabras sin sentido, gracias a mi profunda ignorancia; pero inmediatamente después me intimidaban, como algo cabalístico y misterioso, como un rito terrible y arcano que sólo el poder de mi padre hacía accesible para mí, tan accesible que todas las primeras dificultades se desvanecían ante su conjuro. ¿Por qué no habría de seguir siendo siempre así?... Y ahito de

comidas pesadas, mareado por el vino fuerte y amargo de la tierra, definitivamente rendido por la fatiga del viaje, comencé a dar cabezazos sobre la mesa, «a pescar», como decía Tatita, soñando ya, semidespierto, con las pruebas de las sociedades secretas descritas en los novelones, como si se impusieran a un ser que, ajeno a mí, fuese al propio tiempo yo mismo.

-¡Se le van los bueyes, amigo! -gritó mi padre al verme dar con la frente en el mantel maculado de salsas y de vino-. Váyase a hacer nono. Misia Gertrudis, ¿dónde es el cuarto del chacho?

-Yo lo he de llevar -dijo la vieja, levantándose y haciendo terminar para mí aquella comida que debió asumir colosales proporciones, pues mucho más tarde pareció oír, entre sueños, gran vocerío e inextinguibles carcajadas.

Algo monótonos, pero agradables por la libertad que me procuraba mi papel de cola de Tatita, a quien seguía a todas partes, esquivándome en todas para fumar o corretear, pasaron los días que me separaban del misterioso y vagamente temido examen de ingreso.

Entré en la vasta aula, abovedada y solemne, pese a su poca elevación y merced a su aspecto alargado de catacumba, y me mezclé con otros chicos, más azorados que yo, casi sin ver la mesa examinadora, allá, en el extremo de la sala, destacándose con su tapete verde, su campanilla de plata y el amenazante bombo de las bolillas, sobre la pared blanca de cal, bajo un gran crucifijo negro, de madera, y tras de la cual se sentaban, en el medio don Néstor con su sonrisa, a la derecha el doctor Orlandi con el bigote y la perilla más negros que el betún, y a la izquierda un hombrecillo pálido y enjuto como un haz de sarmientos, quien, según después supe, era el doctor Prilidiano Méndez, profesor de latín, idólatra de esta lengua que, muerta y todo, era para él el Paladín del saber y la civilización humanos: quien ignorara el latín «estaba dispensado de tener sentido común», y quien lo supiera podía a su juicio ignorar todo lo demás y ser, sin embargo, una deslumbrante lumbrera.

No entendí nada en los abracadabrantes interrogatorios sufridos por los muchachos que me precedieron, y preguntas y respuestas eran para mí un zumbido molesto de cosas informes, el rezongo de una liturgia desconocida. Pero una desazón me oprimía el pecho, perdido ya completamente mi aplomo de Los Sunchos, y cuando me llegó la vez, a pesar de mi convicción de invulnerabilidad, tiritando me acerqué a la silla que, en medio de un espacio vacío y frente al tapete verde, me parecía el banquillo de un acusado si no de un reo de muerte...

¿Qué me preguntaron primero? ¿Qué contesté? ¡Imposible reconstruirlo! Sólo recuerdo que don Prilidiano se inclinó al oído de don Néstor, y murmuró, no tan bajo que no lo oyera, con los sentidos aguzados por el temor:

-¡Pero si no sabe una palabra!

-¡Bah! Para eso viene, para aprender. Es el hijo de Gómez Herrera -dijo don Néstor.

-¡Ah! Entonces...

El doctor Orlandi cortó el aparte, preguntándome:

-¿Cuál es el gordinende más grande del mundo?

Un relámpago de inspiración me iluminó haciéndome recordar lo que había oído de la grandeza de nuestro país, y contesté, resuelta, categóricamente:

-¡La República Argentina!

Los tres se echaron a reír, Orlandi, alzando los bigotes de tinta, don Néstor, estirando de oreja a oreja la gruesa boca húmeda, don Prilidiano con un ¡je, je, je! seco y sonoro como el choque de dos tablas. Me desconcerté y una ola de sangre me subió a la cara. Don Néstor acudió en mi auxilio, diciendo entrecortadamente:

-No es del todo exacto... pero siempre es bueno ser patriota... ¿No aprenden geografía en la escuela de Los Sunchos?... ¡Está bueno!...

Hice además de levantarme, considerando terminado el martirio con la muerte moral; pero el latinista me detuvo, haciéndome esta pregunta fulminante:

-¿Cuál es la función del verbo?

Medio de pie, con la mano derecha apoyada en el respaldo de la silla, clavé en él los ojos espantados y balbucí:

-¡Yo... yo no la he visto nunca!

La ira de don Prilidiano quedó sofocada por las carcajadas homéricas de los otros dos, entre cuyos estallidos oí que don Néstor repetía:

-¡Está bien, siéntese! ¡Está bien, siéntese!

Completamente cortado volví a sentarme en el banquillo, diciéndome que aquella tortura no acabaría sino con mi muerte, material esta vez; pero el rector acertó a contenerse y me dijo más claro, con burlona bondad:

-No, no. Vaya a su asiento. Vaya a su asiento.

Los oídos me zumbaban, pero al pasar junto a los bancos pareció oír: «Es un burro», y pensé en huir sin detenerme, hasta Los Sunchos, pero no tuve fuerzas. Caí desplomado en mi asiento. ¡Cómo se habían reído de mí profesores y alumnos! ¡De mí, de quien, en mi pueblo, no se había atrevido nadie a reírse, de mí, de Mauricio Gómez Herrera!...

- IX -

Como era lógico -aunque ahora quizá no lo parezca-, entré a cursar el primer año del Colegio Nacional, y con este favor empecé el primer calvario de mi vida, quizá el único hasta hoy.

En cuanto supo que «había pasado», Tatita se volvió a Los Sunchos, dejándome en poder de los Zapata, cuyos procedimientos resultaron, ¡ay!, muy otros que los de mis padres, y cuyo seco rigor era la antítesis de la tolerancia cariñosa o servil a que estaba acostumbrado. En un principio, traté de rebelarme contra esta tiranía, sobre todo contra la de misia Gertrudis; pero mis esfuerzos se estrellaron en su carácter inflexible, que pocas veces trataba de disimular bajo una apariencia dulzona.

-¡Es por tu bien! -me decía, después de arrancarme a las más inocentes diversiones-. ¿Qué diría tu padre, si te dejáramos hacer lo que quisieras y perder el tiempo a tu antojo?

-Tatita -replicaba yo airado- no me ha tenido nunca encerrado como un preso, y no me perseguía como usted.

-¡Es por tu bien, te repito! Y, además, seguimos las instrucciones del mismo don Fernando. Acuérdate de que cuando don Néstor le dijo que, si no estudiabas mucho, te quedarías en primer año, tu padre me recomendó: «Átemelo a sogá corta, misia Gertrudis. ¡Téngamelo en un puño!» ¡Ni más ni menos! ¡Y... basta de discusión!

Se marchaba y yo me quedaba temblando de cólera y de impotencia. ¿Qué se había hecho de mi indomable voluntad? ¡Ay! Desterrado, en el aislamiento, en un mundo desconocido y hostil, sin los sólidos puntos de apoyo de Mamita, de los sirvientes, de todos cuantos me adulaban para adular a mi padre, sentíame deprimido, incapaz de iniciativa y de rebelión, desde que mis primeros esfuerzos revolucionarios sólo arribaron a hacer mayor la severidad de mis carceleros. Porque los Zapata lo eran: no me dejaban ni a sol ni a sombra, no me permitían salir solo; inspirado por su mujer, don Claudio me llevaba todos los días al Colegio, para hacerme imposible el dulce vagar de la «rabona». Los domingos y fiestas tenía que ir con ellos a misa, al sermón, a la doctrina, y en los intervalos, me hacían acompañarlos a recorrer las calles como un bobo, cuando no a hacer visitas que me daban un tedio mortal y acababan con mi resto de energía. La vigilancia de misia Gertrudis no se adormecía un momento. Me había dado un cuarto contiguo al suyo, para tenerme siempre a la vista o al alcance de la mano y de la voz; limitaba mis relaciones con las chinitas a lo más estrictamente necesario para mi servicio, sin dejarme charlar ni jugar con ellas; registraba todas las noches mi habitación y mis bolsillos para confiscarme los cigarros y cuanto libro de entretenimiento me procurara a hurtadillas; a media noche se levantaba para hacer una ronda por la casa, ver si las criadas dormían y si todo estaba en orden, celosa, hasta la manía, de una moral que, según las malas lenguas, no había sido su culto cuando moza, ni aun en los umbrales de la vejez. «Era de las que daban vuelta a los santos cara a la pared -contábanme sus contemporáneos, años más tarde-, y don Néstor Orozco no fue ni el primero ni el último de sus amigos», y añadían nombres y detalles que no hacen al caso, riéndose unos de don Claudio, denigrándolo otros por su tolerancia según ellos interesada. En mi tiempo, misia Gertrudis trataba probablemente de redimir sus antiguos pecados con la monástica austeridad de los últimos años, ya fríos, sin sol ni flores. Dios la haya perdonado en mérito de lo que hizo gozar y luego sufrir a los demás, si no en gracia de los interminables rosarios que nos hacía rezar todas las noches, de rodillas sobre un rudo enladrillado de la sala semi oscuras.

Con todo, mi ingenio me permitía burlar de cuando en cuando su espionaje, especialmente para fumar y leer novelas que encuadernaba con las tapas de los libros de texto. Pero aquel sistema depresivo daba aparentemente sus frutos que cualquier observador superficial como misia Gertrudis y don Claudio podía haber juzgado benéficos y duraderos, sin que fueran, en realidad, ni una ni otra cosa: del Mauricio arrebatado, alegre y franco de Los Sunchos, había hecho un muchachón disimulado, avieso y triste, una criatura aislada y arisca, como un perro perseguido. Ocultamente también escribí varias veces a mi madre, quejándome de la horrible sujeción y pidiendo que le pusiese remedio; me contestaba, afligida, diciendo que nada podía contra la voluntad de mi padre, que éste estaba resuelto a «hacerme hombre», y mandándome dulces, tabletas y un poco de dinero, muy poco, porque Tatita se lo había prohibido, por consejo y exigencia de los Zapata. De vez en cuando, agregaba noticias de Teresa Rivas, que siempre le preguntaba con mucho interés por mí... Estas cartas, lejos de consolarme un tanto, hacían mayor mi desaliento y mi depresión, privándome de mis últimas esperanzas.

Acababa de quitarme toda energía mi situación en el Colegio, donde los condiscípulos me demostraban la mayor antipatía, un poco por mi culpa, sea dicho de paso, y sin que la provocara el favoritismo de mi admisión, ni la estúpida ridiculidad de mi examen, aunque a veces recordaran burlándose, el famoso «Yo no la he visto nunca». Y es que al principio, falto de experiencia e iniciando una política inhábil y contraproducente, quise imponerles el mismo respeto y el mismo acatamiento de que gozaba en Los Sunchos, donde «era monitor». Esta pretensión, mezclada quizá a un poco de envidia por mi buena figura, y de celos por cierta condescendencia de algunos profesores, desencadenó la enemistad de los muchachos, y el «monitor-pajuerano», como me decían, fue la víctima de sus camaradas, que no vislumbraban siquiera, tras él, la sombra omnipotente y amenazadora del papá. Esta enemistad, que se traducía en agresiones colectivas, manteos, «ronga-catonga» bailadas en torno mío, no sin puñetazos, puntapiés, escupidas y otras amenidades escolares, de que nunca me quejé a los superiores por caballeresco puntillo, cedió un tanto, casi por ejemplo, después de varios combates con «los más guapos», en los que, por fortuna, resulté casi siempre vencedor. Pero la sorda hostilidad no cesó nunca, porque, envalentonado con mi triunfo, me mostré altivo en demasía, y porque mi forzoso aislamiento, fuera de las horas de clase y de los recreos en los claustros sombríos o en el gran patio del Colegio, no me permitía cultivar amistad alguna, ni aun la del mismo Pedro Vázquez, alumno de segundo año ya. ¿Cómo hacerme de camaradas íntimos, si don Claudio ahuyentaba en la calle a mis condiscípulos, que de otro modo quizá se hubieran unido a mí?

El estudio me interesaba muy poco; antes que aprender las largas lecciones de memoria, el *musa musae*, el *bonus*, *bona*, *bonum*, la nomenclatura interminable de los departamentos de provincia, los cuentos insípidos del Compendio de Historia Sagrada, prefería quedarme horas enteras mirando al aire, evocando las risueñas imágenes de Los Sunchos, o rehaciendo las complicadas intrigas de las novelas. Era el más «burro» de la clase, pero mi insuficiencia no me molestaba en lo más mínimo, ni por mis condiscípulos ni por los profesores, olfateando instintivamente en estos últimos, quizá, una insuficiencia, si no mayor, más perniciosa aún. Salvo raras excepciones eran ignorantes, se limitaban a tomar las lecciones con el texto en la mano, *docticum libro*, y contestaban rara vez a las preguntas que les hacían, para aclarar una duda, maestros improvisados, en fin, en una época en que las «cátedras» eran el refugio de los amigos del gobierno que no tenían profesión ni aptitudes para ganarse el pan.

Mi vida, pues, no era vida. Moríame de hastío en casa de Zapata, que apenas recibía a dos o tres personas, además del cura Ferreira y de fray Pedro Arosa, franciscano, y que no dio fiesta alguna después de la comida en honor de Tatita; sufría y rabiaba en el Colegio, donde lo que aprendí fue de oírlo repetir a los demás; cada día me era más difícil procurarme novelas, porque el dinero escaseaba mucho, pues, como repetía misia Gertrudis:

-Aquí tienes todo cuanto necesitas, y la plata es la perdición de los muchachos, sobre todo en una ciudad como ésta-, considerando que la dormida capital provinciana era una Babilonia, si no un París.

¿Qué hacer, entonces? ¡Volverme a Los Sunchos! Esta idea llegó a convertirse en obsesión. Pero ¿cómo realizarla, sin medios, sin recursos? En último extremo, cansado de quejarme inútilmente a mi madre, había escrito a Tatita, pintándole mis padecimientos con los más negros colores, y pidiéndole que me llevara a su lado o por lo menos me hiciera tratar de un modo más humano; pero él, convencido de que yo exageraba, alentado por los consejos de don Higinio, engañado por las cartas de don Claudio, me contestó diciéndome que aguantara, porque en la vida todo no eran rosas, y que mayores pellejerías había pasado él cuando muchacho para «hacerse hombre». Todavía no me doy cuenta de lo que se proponían doña Gertrudis y su marido tratándome así, y a lo más que puedo llegar es a decirme quedaban libre curso a su carácter con los que estaban bajo su dependencia -las chinas y yo-, y que era más sabroso para ellos dominarme, engañando a Tatita, so color de rigidez de principios. No cejé, sin embargo, y volví al asalto por la parte más débil, escribiendo una y otra carta a Mamá, con tantas jeremiadas, revueltas entre repeticiones y faltas de ortografía, que la buena señora se resolvió, por fin, a desobedecer de lleno, y quizá por primera vez, a su marido, enviándome algunos pesos bolivianos que yo le pedía con el pretexto de suavizar un tanto mis amarguras y comprar libros y otras cosas necesarias.

Una vez dueño de este capital maduré mi proyecto de fuga, no tan fácil como a primera vista podría creerse: me costó días enteros de meditación, pero el plan resultó de una pieza.

La galera para Los Sunchos salía los lunes, miércoles y viernes muy temprano, de una posada céntrica, el Hotel de la Bola de Oro, y después de atravesar la ciudad se detenía en una pulpería de las afueras -la Esquina del Poste Blanco-, especie de sub-agencia para encomiendas y pasajeros, antes de emprender seriamente el galope, camino real adelante. Allí había que tomarla, no cabe duda, pues atravesando la ciudad alguien entre los acostumbrados espectadores del paso de la galera había de verme, necesariamente.

Los hábitos recién adquiridos de disimulo me sirvieron en la circunstancia como si sólo para ella me los hubieran inculcado; después tuve ocasión de utilizarlos muchas veces con éxito, probando que los frutos de la buena educación no se pierden nunca. Bueno, pues; con gran sorpresa y mucho gusto de misia Gertrudis, que hasta entonces tenía que despertarme tres o cuatro veces cada mañana, comencé a madrugar por iniciativa propia, y a dar cortos paseos, con el libro en la mano, como quien estudia, primero en la huerta, después en la acera de la calle, casi siempre a la vista de la vigilante centinela, pero cuidando de desaparecer a veces un momento, para que fueran adormeciéndose sus sospechas. Cuidé también de hablar mucho, por aquellos días, de un paraje pintoresco, a una legua o poco más de la ciudad, al otro extremo del Poste Blanco, que habíamos visitado en una excursión con los Zapata, y donde el río, que más cerca era apenas un hilo de agua tendido sobre un inmenso lecho de cantos rodados, ofrecía entonces, gracias a una especie de dique natural, un buen bañadero y un excelente sitio para pescar bagres y dientudos. El «Mojarral» con sus cauces, sus peces y su bañadero no se me caía de la boca, y cualquiera hubiese jurado que yo no pensaba en otro paraíso.

-¡Así me gusta! ¡Estás estudioso! -decía misia Gertrudis, no sin sorna, al verme salir de mi cuarto, con el libro en la mano, casi de madrugada-. Si seguís así, un día de estos te vamos a llevar al «Mojarral».

-¡Sí! Pero que sea pronto... ¡Tengo tantísimas ganas!

En fin, un martes por la noche deposité una maletita con parte de mi ropa en el fondo de la huerta, que daba a una calle excusada, y en un rincón de donde podría sacarla fácilmente sin ser visto. Me acosté, en seguida, pero no me fue posible dormir: la fiebre me devoraba, considerábame libre ya, y renacía en mí el muchacho inventivo y resuelto de Los Sunchos, aparentemente domado por el freno horrible de los Zapata, hasta el punto de buscar en mi imaginación cómo vengarme de misia Gertrudis. No encontré, por el momento, castigo alguno digno de su perversidad, y dejé que la ocasión me ofreciera la venganza, jurándome, sin embargo, no abandonar jamás este santo propósito. Como, apenas me amodorraba, despertaba sobresaltado, soñando que me habían descubierto, resolví levantarme, de noche aún. Debí hacer ruido, porque misia Gertrudis gritó de pronto:

-¿Quién anda ahí?

Volví a meterme en la cama, medio vestido, y oí que la vieja se levantaba a su vez precipitadamente, encendía luz, se asomaba a mi cuarto y luego salía al patio a hacer una ronda extraordinaria.

-¡Ésta es la mía! -Me dije, sin reflexionar, inspirado por mi grande amiga, la oportunidad.

Y precipitándome al dormitorio de misia Gertrudis -don Claudio tenía cuarto aparte-, tomé de sobre la cómoda, donde las ponía siempre, sus magníficas trenzas castañas, que sólo se ataba a la cabeza una vez terminadas las faenas matinales. ¿Qué iba a hacer con ellas? No lo sabía ni me importaba por el momento.

Amaneció poco después, sin que misia Gertrudis volviera de su inspección, y yo salí, como de costumbre, con el libro en la mano. La vieja estaba haciendo fuego en la cocina. Corrí a la huerta, tiré en el lodo infecto del comedero de los cerdos las hermosas trenzas que los «cuchis» se encargarían de devorar o destrozar, por lo menos, como un plato exquisito, saqué la maleta de su escondite, y, por las calles solitarias aún, envueltas en húmeda neblina, me fui al boliche del Poste Blanco, a esperar la galera de Los Sunchos, que ya estaría por llegar. En efecto, la aguardaba hacía dos minutos, cuando se detuvo en la puerta, con gran ruido de hierros y de maderas entrechocados. El mayoral, Isabel Contreras, y los postillones, entraron a tomar su segunda «mañanita», de caña pura, caña con limonada o ginebra,

sorbida ya la primera en la Bola de Oro, y a recoger encomiendas, correspondencia y pasajeros, si los había. Y había uno: yo.

Contreras, que como miembro conspicuo de la población flotante de Los Sunchos, me conocía como a sus manos, y respetaba a Tatita, a quien, según ya dije, servía de correo especial y de informante celoso, me hizo la mejor acogida, no se metió en indiscretas averiguaciones a propósito de mi presencia allí, y me dispensó el señalado honor de invitarme a que lo acompañara en el pescante, mientras ponía él mismo mi valija en el imperial. Cuando hice mención de pagar el pasaje, rechazó el dinero.

-Ya me pagará don Fernando.

¡Si yo hubiese sabido! ¡Cuántas semanas antes hubiera desertado de la zapatil mazmorra!

Charlando durante el viaje, y animado por alguna libación en las postas, con la falta de reserva que caracteriza a la petulancia infantil, y que no había corregido del todo, todavía, pese a la inquisitorial fiscalización de misia Gertrudis, conté por lo largo a Contreras mis padecimientos y mi escapatoria, cuando «ya no podía aguantar más». Sobresaltose el buen paisano en un principio, pensando en sus responsabilidades, y ya iba a arrepentirme de mi desmedida confianza, cuando reaccionó, echose a reír a carcajadas, y haciendo restallar su largo látigo exclamó:

-¡Hijo 'e tigre, overo has de ser! ¡Éste no desmiente la casta!

Se rió mucho más de la jugarreta del pelo postizo, diciendo que bien se la merecía la «perra vieja» aquélla, y después, como hombre ducho, me aconsejó que no me dejase ver por Tatita antes de hablar con mi madre, porque las madres son siempre las «mejores tapaderas» para los hijos, y porque «hay que tener mucho ojo con el mal genio de don Fernando». Y, para hacerlo mejor, detuvo la galera en una callecita solitaria, a corta distancia de casa, guardó la maleta para enviármela más tarde, y me estrechó campechanamente la mano con la suya, como papel de lija, diciéndome:

-Y ahora, compadre, bájese y vaya corriendo a su mamá, que es la única que tendrá lástima de sus penurias... Dígale que aquí como en cualquiera otra parte puede «hacerse hombre».

¡Hacerse hombre!... Rodó la galera, siguiendo su camino, y yo me quedé inmóvil, alelado, entre alegre y temeroso. Allá, muy lejos, quedaban la ciudad, el Colegio, doña Gertrudis, don Claudio, el latín, el infierno, como una horrible pesadilla. Estaba en Los Sunchos, en «mi» pueblo, en mi teatro, y aunque receloso de lo que iba a ocurrir, me sentía con más valor, con más fuerzas, dueño de mí mismo, en fin.

- X -

Mi madre me recibió con transportes de alegría, extraordinarios en ella, y después de abrazarme y besarme mil veces, como loca, se echó a llorar de pronto, sin preguntarme nada, mezclando sus besos, sus abrazos, sus risas y sus lágrimas con exclamaciones entrecortadas y frases de cariño. Era un alma amante la de Mamita, un alma apasionada que, sin embargo, no pudo tener en la vida más pasión que yo, olvidada como estaba por los hombres y por las cosas, y que sólo se desahogaba en una religión muy alta y muy pura, aunque bastante velada por la superstición, o, mejor dicho, por una especie de iconolatría quietista. Sólo después de largo rato me interrogó sobre los motivos de mi regreso -que adivinaba perfectamente-, y se condeñó de mis padecimientos hasta las lágrimas. También es verdad que yo los describí con calurosa elocuencia, y que hubiera podido conmover a otra que mi madre, siempre que fuese crédula y blanda de corazón.

-¡Has hecho bien! ¡Has hecho bien, mi hijito, en escaparte! ¡Pobre mi hijo! -exclamaba-. Yo hablaré con tu padre y lo venceré de que tienes razón.

Y en un raptó de santo egoísmo, reveló el fondo de su pensamiento:

-¡Me hacías tanta falta!

Cuando a la hora de comer, Tatita volvió de sus quehaceres o diversiones acostumbrados, Mamá, que me había hecho quedar en mi cuarto, le habló largo rato a solas. De tiempo en tiempo, llegaban hasta mí la voz irritada de mi padre y la suplicante de Mamita. Por fin, hubo un prolongado silencio, que interrumpió una china diciéndome desde la puerta:

-¡Niño! ¡Dice don Fernando que vaya al comedor!

Mi temerosa incertidumbre desapareció como por encanto: iba a verme frente de los hechos, con la firme voluntad de no doblegarme. Además, auguraba mucho bueno de la forma en que se presentaba aquel choque: si Tatita no estuviera pronto a ceder y quisiera castigarme, se precipitaría furioso a mi cuarto, no me llamaría al comedor.

Sin embargo, me recibió con una piedra en cada mano, colérico en apariencia, llenándome de improperios y amenazándome con «darme de lazazos hasta que me corriera la sangre». Me afirmé en mi opinión de que era una tormenta de verano y que ya comenzaba a aclarar, pero no dejé de sobresaltarme un poco cuando me dijo:

-Has hecho mal, pero muy mal, y mereces un buen castigo. Te has portado como un bellaco, y si no fuera por tu madre, verías lo que te pasaba. Porque ella me lo pide y por ser la primera vez, me contento con que te vayas inmediatamente a casa de Zapata, le pidas perdón y no vuelvas a hacer de las tuyas. ¡Mañana sale la galera!...

Yo me encabrité, y con el pecho oprimido, casi a punto de romper a llorar, hice un esfuerzo y dije desgarradoramente:

-¡Pero Tatita!... ¡Si son unos tiranos, unos verdaderos verdugos! ¡Yo no he hecho nada para que me tengan preso!... ¡No, Tatita! Puede matarme, pero yo no iré... ¡Prefiero que me mate!

-¿Que no irás? -estalló mi padre indignado, esta vez de veras, porque no toleraba la abierta oposición-. ¡Eso será lo que tase un sastre! ¡Habrased visto! ¡Cuando yo mando se obedece y se calla la boca! ¡Irás a la ciudad y les pedirás perdón, canejol!

-¡Fernando, por Dios! -exclamó mi madre.

-No tengas miedo. No le voy a hacer nada. Pero, en cuanto a lo otro, ¡no hay tutía! ¡Irá a la ciudad, y más pronto que ligero!

-No iré, no iré. ¡Me tiraré de la galera si es preciso, pero no iré!

Esto no lo dije. No. Hubiera sido demasiado. Lo pensé, tan sólo, y me lo juré a mí mismo. A decirlo, mi padre me da sin más trámite una zurra de no te muevas, en el arrebató de su impulsividad.

Hubo un largo silencio.

-¡Bueno! ¡Ahora, a comer! -ordenó Tatita, por fin, calmado ya.

La comida comenzó lúgubrememente. Todos callábamos, y las mismas chinitas que servían la mesa se deslizaban sin ruido, como sombras, asustadas por la tormenta. Hasta la lámpara de petróleo me parecía lanzar una luz trágica sobre el mantel. Por último, al servirse el asado de tira con ensalada de lechuga -aún me parece verlo en la fuente, con las angostas costillas en forma de escalera, cubiertas de morena película, y la gordura dorada chorreando jugos y chirriando todavía-, mi padre me preguntó con tono natural:

-¿Y cómo ha sido eso?

Repetí el relato, primero tímidamente, después con cierta entereza, al final entusiasmado por mis propias palabras, acumulando cargos contra don Claudio, contra misia Gertrudis, descubriéndolos con repentina clarividencia, inventándolos a veces. Y por último, indignado de veras, exclamé:

-Se vengan en mí de que son unos pelagatos, y me hacen pagar los desaires que les hace todo el mundo. ¡Se alegran de tener como un sirviente, como un esclavo, nada menos que al hijo de Gómez Herrera!...

¿Quién dijo que la lisonja es la mercancía más barata y más productiva? Sea quien sea, dijo una gran verdad.

Tatita se sintió herido en su amor propio o encontró aquella coyuntura favorable para hacer una diversión y encaminarse a sus verdaderos propósitos. El caso es que vi pasar un relámpago por sus ojos, y juzgué que había tomado el buen rumbo.

-¡No respetan a nadie! -agregué-. Para ellos todo es cuestión de suerte y favoritismo, y los más ricos y los que pueden más no son más que unos buscavidas.

-¡Hum, hum! -hizo Tatita, receloso-. ¿Han hablado de mí?

-¡Dios los hubiera librado! Lo que es estando yo, no han dicho nada. Pero como hablan pestes de todos los amigos...

-¡Está bien! ¡Está bien! ¡Ésas son suposiciones y nada más! -interrumpió, mal engestado.

-¿No te parece, Fernando -dijo Mamita después de una pausa-, que este muchacho debería irse a acostar? Con el viaje de hoy, y las aflicciones, si tiene que salir mañana temprano, se nos va a enfermar...

-Es posible.

Mamá insistió. La enfermedad era inevitable. En aquel mismo instante ya tenía fiebre. Y si caía en cama en la ciudad, ¿cómo me cuidarían? ¿No sería mejor dejarme descansar unos días, muy pocos, hasta la vuelta de la galera, por ejemplo?

-Bueno -contestó, por fin Tatita, como quien hace un sacrificio-. Irá en el otro viaje, ¡pero eso, sin remisión!

¡No iré nunca! -pensé.

-Voy a escribir a don Claudio dándole una satisfacción y pidiendo disculpas a misia Gertrudis de tu parte, para que te perdone.

-¡No me ha de perdonar! -murmuré.

-¿Por qué? Al fin y al cabo, no has hecho más que una muchachada.

No pude menos de sonreírme.

-¿O has hecho algo más, que no sabemos todavía?

Conociendo el carácter de Tatita, no vacilé en contarle la travesura de las trenzas, pero traté de hacerlo con más habilidad y gracia, comenzando por describir las dos figuras de la vieja sin y con sus postizos, la pretensión ridícula de su coquetería senil, tan contraria a la beatería, la rabia que me daba verla presumir de muchacha... Cuando agregué que los cerdos se habían precipitado, en el chiquero, a devorar aquel amasijo de crines engrasadas, como si fueran un plato delicado, y pinté la cara que pondría misia Gertrudis buscando su cabellera, Tatita rompió a reír a carcajadas, echándose hacia atrás en su sillón, como si estuviera asistiendo a la escena más cómica de su vida. Estaba derrotado...

Poco rato después me fui, en apariencia, a dormir, pero en realidad me quedé atisbando para ver si Tatita escribía a los Zapata, con esa incertidumbre de los muchachos que no saben decirse: «esto sucederá y no otra cosa». No escribí, naturalmente, porque no era hombre de pedir disculpas a nadie, por nada de este mundo; en cambio, adiviné que comentaba risueño mis aventuras de la ciudad, primero con Mamita, después con don Higinio, que, sabedor de mi escapatoria, fue a casa en procura de mayores datos. Al oír entrar al viejo Rivas, me acerqué al comedor para sorprender algo de lo que dijeran. El juicio era, más bien, favorable para mí. Don Higinio estaba pronto a creer que los Zapata habían ido demasiado lejos, tanto más cuanto que los muchachos criollos son amigos de la libertad y no «hijos del rigor», y a mí se me había transplantado violentamente de la independencia casi total a una especie de encarcelamiento.

-Pero, así y todo -terminó-, es preciso que se haga hombre, ¿no es cierto, misia María?

Sostenido nerviosamente por las mismas emociones, en cuanto los viejos se fueron al club, consideré que cualquier cosa era mejor que meterme como un tonto en cama, y sin pedir permiso a nadie me escabullí en busca de mis camaradas. La visita de don Higinio me había hecho pensar en Teresa, pero esta evocación quedó muy en segundo término, siendo lo dominante la tentadora «farra» con los amigotes. Sin embargo, al salir muy recatadamente, para evitar las posibles inútiles objeciones de Mamita, oí un siseo que partía de su ventana, allí, en la casa de enfrente.

Sabiendo mi llegada, Teresa me aguardaba a la reja, segura de que iría a conversar con ella o temerosa de que no la recordara -caben ambas interpretaciones en el determinismo femenino.

Al sentirla allí, súbitamente despertados mis instintos novelescos, vuelto a la vida de antes, corrí a la ventana a saludar en ella toda la poesía erótico-sentimental que encarnaba para mí. A mis transportes, al propio tiempo ingenuos y

perversos, respondió la niña con una emoción intensa y contagiosa. Su pobre alma se enajenaba más con los sentimientos que con las pasiones, mientras yo, como un actor, me entusiasmaba con el papel que las circunstancias me distribuían, pronto a ser Otelo o Marco Antonio, Don Juan o Marsilla. La dije -y en aquel momento yo mismo lo creía- que había vuelto a Los Sunchos, despreciando los esplendores de la ciudad, sólo porque no podía vivir lejos de ella.

Y tanto efecto le produjo este eterno y tonto estribillo, que asomando la carita morena entre dos barrotes de hierro me tendió como una flor los labios frescos y rojos, para darme el primer beso.

- XI -

Como mi fiebre de acción no me permitía quedarme allí, platónicamente, observé a Teresa que podrían sorprendernos y que no quería enojar más a Tatita, para quien estaba en cama desde hacía mucho. Minutos después entraba en el Café de la Esperanza, buscando a mis amigos, y la casualidad quiso que Papá estuviera allí, jugando a la treinta y una ciega. Hizo como que no me veía, y siguió su partida tranquilamente. Este síntoma me pareció mucho más favorable y decisivo que todos los anteriores. ¡Adiós los Zapata!

Salí con mi pandilla, buscando un sitio más libre para reanudar nuestras diversiones. Los camaradas me habían recibido con grandes muestras de alegría y entusiasmo, y como llevaba en el bolsillo los bolivianos que Contreras no quiso recibir, hicimos aquella noche, en el trinquete de la Zorrita, la más memorable de las fiestas, continuada en el mismo diapason hasta formar una como cuaresma de vida maravillosa, que me parecía un sueño encantado después de mis prisiones en la ciudad.

Pero ni aun embriagado por estas delicias descuidé completamente la parte seria de las cosas, y mal seguro todavía de mi elocuencia, que podía fallar por causas exteriores y transitorias, escribí a mi padre una larga carta, modelo de diplomacia juvenil y de la que destilaban las indirectas lecciones zapatiles. Decíale que, dado mi carácter, tan análogo al suyo -cosa de que me enorgullecía-, la corrección de mi conducta dependía precisamente de la mayor o menor amplitud de mi libertad, pues nunca haría yo lo de otros que, desconociendo su valor, abusan de ella hasta perderla. A mí, como a él, sin duda, la sujeción me enloquecía. Su afectuosa vigilancia (tan distinta del malévolo espionaje de gente incapaz de interpretar acciones y menos aun pensamientos) había sido hasta entonces más que suficiente para hacerme cumplir con mi deber, y no valía la pena -antes bien era un error- cambiarla por un despotismo de extraños que me impulsaba necesariamente a la rebelión... Todo esto salvo su mejor parecer.

Ni la sintaxis era clara ni la analogía exacta, pero el fondo resultó así. Además, las cartas de los hijos, por vulgares que sean, resultan para los padres una revelación y un encanto, si no están corroídos por el cáncer de la crítica. Y notable efecto produjo la mía en Tatita. Inmediatamente escribió a los Zapata, diciéndoles que «por razones de salud» yo no volvería a la ciudad, que me perdonaran si «acaso» les había faltado en algo, y que me enviaran la ropa y los libros... Pero antes me había arrancado la promesa de estudiar seriamente en casa para presentarme a fin de año como «libre» en los exámenes.

-Tienes los programas, los libros, y con lo que has aprendido ya, podrás pasar fácilmente. Si pasas, el año que viene te mandaré a la ciudad en otras condiciones, sin tutores que te majadereen, «como un hombre». Pero para eso hay que prometerme que te portarás bien.

-¡Sí, Tatita! «¡como un hombre!» -juré, pensando para mis adentros que los hombres suelen no portarse bien.

Llegada la época de los exámenes fui a alojarme en la casa de huéspedes de la viuda de Calleja, donde vivían varios estudiantes del campo y de otras provincias. Era el prototipo de esas posadas vergonzantes, sin respetabilidad y al propio tiempo sin descaro, en que se explota el nombre de familia a veces venerable, por mercantilismo o por necesidad -a falta de otro medio de subsistencia-, y que abundan en provincia. No la describiré, pero no olvidaré nunca, tampoco, aquellos manteles inmundos y aquel infernal desorden, en que la patrona, las chinitas, los huéspedes y los visitantes nos burlábamos como a porfía de las reglas más elementales del buen vivir. ¡Qué casa de Tócame-Roque, ni qué *Auberge du Libre Échange*! Para divertirse, allí, en la respetable pensión de la distinguida viuda del señor Calleja, sobrina de un obispo y tía de un diputado. Si yo no hubiera tenido Los Sunchos, me quedo en aquella Capua, sórdida si se quiere, pero en cambio tan libre, precisamente lo que más había envidiado desde casa de Zapata... ¡Viva la libertad! Y pasemos a otra cosa.

¿A qué decir que me dejaron suspenso en varias materias -creo que cuatro de seis- y que en otras pasé por suerte o por benevolencia de la mesa examinadora? ¿Para qué contar que el latinista don Prilidiano Méndez, después de otras preguntas, me invitó con alevosía y ensañamiento a que declinara el *quis vel qui*, del que yo sólo sabía la aleluya de «todos los burros se quedan aquí»? Todo aquello no me importaba un ardite. Intuitivamente comprendía que ni en colegios ni en facultades se aprende nada, y hoy mismo, si quisiera ser completamente franco... En fin, no lo diré, pero es el caso que en nuestro país los hombres realmente superiores se han ilustrado casi siempre solos, han sido autodidactos, *selfmade men*, mientras que los rutinarios, los mediocres, han tenido casi siempre un diploma universitario como un pasaporte de complacencia...

Para desquitarme de los malos ratos que me había procurado el examen, ocurrióseme darle uno a misia Gertrudis, antes de volver a la aldea. No tenía que quebrarme mucho la cabeza para inventar una buena broma; abrigaba la seguridad de que mi presencia bastaría para darle un soponcio, y con algunos requiebros como «¡Bicho feo! ¡Vieja mamarracho!» u otros, estaba seguro de mi venganza, pues rabiaría quince días por lo menos. Pasé por su casa sin verla, dos, tres veces; a la cuarta estaba precisamente en el umbral, con su acostumbrado aspecto de sargentón que llevase la mochila sobre el pecho, y con una nueva cabellera más abundante y más juvenil que nunca.

-¡Bicho feo!- silbé.

Volvió los ojos hacia mí con tal expresión al reconocermé, que el «¡Viejo mamarracho!» no pudo salir de mi boca. ¡Tuve miedo, como hay Dios! ¡Tuve miedo y eché a correr! Es la primera vez que he sentido el pánico en mi vida, como Facundo acosado por el tigre...

Volví a Los Sunchos con la santa intención de no poner de nuevo los pies en la ciudad, y ni siquiera fingí prepararme para los misericordiosos exámenes de marzo. No quería, no podía renunciar otra vez, ni por un momento, a mi individualidad, tan señalada en el pueblo y tan desvanecida e insignificante en aquel escenario. «Más vale cabeza de ratón que cola de león», como decía Tatita.

Mamá se encargó de arreglar las cosas a medida de mis deseos, para tenerme definitivamente a su lado. Yo «quería trabajar, empezar a ganarme la vida». Era lo más fácil procurarme una ocupación, tarea o empleo que me preparara prácticamente a la lucha por la existencia, ya que la teoría no era de mi agrado ni «me entraba en la cabeza», como afirmaba yo. Habló varias veces con Tatita al respecto, y como me valí de Teresa para conquistar a don Higinio que, decididamente, ejercía gran influencia sobre mi destino, Papá accedió sin muchas dificultades y diciéndose, quizá, que, como me dedicaría a la política que no exige sino «fuerza en los dedos y resolencia», cualquier camino era bueno, con tal que me permitiera meterme en danza lo más pronto posible. Y el intendente municipal, don Sócrates Casajuana, a la primera insinuación me concedió un empleo rentado que iría preparándome a más altas funciones.

Pocos días después, a principios de año, tomé posesión de mi empleo, y aquí comenzó mi vida de «aprendiz de hombre...» Como todavía era muy muchacho y poco inclinado a la observación, las oficinas de la Municipalidad, cerebro y corazón del pueblo, sin embargo, me fastidiaban profundamente. A la media hora de estar en mi puesto, sentado a una mesa llena de papeles inútiles, me moría de hastío y escapaba a divertirme a otra parte. Sin embargo, a la larga, conocí el personal superior y subalterno: don Sócrates, el intendente, paisano astuto y retobado, gordo y de piernas torcidas, por andar a caballo desde niño de teta, gran mercachifle, gran especulador, gran rata del presupuesto; el presidente de la Municipalidad, don Temístocles Guerra, no sé si menos tosco o más presuntuoso, gran comerciante también; el tesorero, don Ubaldo Miró, que con un sueldo miserable alcanzaba, sin embargo, a llevar una vida casi suntuosa, gracias a su habilidad para el escamoteo y a la bondad benévola con que adelantaba los sueldos a los empleados y peones, mediante un módico interés; los secretarios, uno de la intendencia -Joaquín Valdés-, otro del Concejo -Rodolfo Martirena-, que andaban siempre a caza de propinas y que las provocaban deteniendo los expedientes todo el tiempo que podían y prolongando indefinidamente la tramitación de cualquier asunto que no interesara a los partidarios más caracterizados de la «situación».

Yo estaba adscrito a la Oficina de Guías, como escribiente; pero mi jefe, Antonio Casajuana, hermano de don Sócrates, no me observaba nunca por mis ausencias, antes bien parecía invitarme a continuar aquella nueva especie de «rabona». Después comprendí el porqué de su conducta; no quería testigos molestos, y yo le estorbaba tanto que se había quejado amargamente a su hermano de mi nombramiento intempestivo. Y es que cobraba de más a los ganaderos que enviaban animales, cueros o lanas a otros departamentos, se robaba las estampillas que debían quedar obliteradas en el libro de guías, y hasta daba certificados falsos a los encubridores de los cuatreritos, ganándose así buena parte de los abigeatos, moneda corriente entonces... Es natural, era hermano del intendente; su otro socio era el tesorero; ni la comuna, ni la misma provincia tenían fuerzas bastantes para reprimir el cuatrerismo, y es máxima de buen gobierno encauzar todo mal irremediable. Cuando supe esto, más por indiscreciones malévolas de gente envidiosa que por observación personal, no dejé de utilizar el secreto, modestamente, para mis gastos menudos, sin intención de hacer fortuna, como los otros. Siempre he sido previsor, y no lo lamento.

En cuanto escapaba de la oficina, divertíame corriendo el pueblo y los alrededores, a pie unas veces, pero generalmente a caballo, con algunos camaradas mayores, pero tan zánganos como yo, y persiguiendo a las muchachas de los ranchos y las casuchas de las afueras, con una especie de odio, primera manifestación, todavía desviada, de mi futura inclinación irresistible al bello sexo.

Ya iniciado en las aventuras domésticas, era aún incapaz de cortejar en regla y con perseverancia, pero Marto Contreras, hijo de mi amigo el mayoral, paisanito de diez y siete a diez y ocho años, diablo y atrevido como él solo, con quien me había ligado estrechamente, me aleccionó, haciéndome adoptar para mis amores un término medio rústico y brutal, cuya fórmula es ésta: «Hay que pastorarlas».

Estos amores eran, pues, simplistas, sin preparativo alguno, casi animales: un momento de vértigo, una violencia y se acabó. A veces continuaban algún tiempo, había hecho una conquista; pero en la mayoría de los casos se me huía después como a un enemigo. Teresa quedó relegada al fondo oscuro de la memoria, aunque la viese casi todos los días, al pasar.

Las otras ingenuas diversiones con los camaradas -excepción hecha de Marto- comenzaron a parecerme, poco después, insulsas, parangonadas con la compañía de los empleados de la Municipalidad, mucho más entretenidos porque, siendo «más hombres», se pasaban el día en peso conversando de carreras, de riñas, de partidos de pelota, diciendo compadradas, contando duelos y otras atrocidades, chismorreando amoríos más o menos escabrosos, después de lo cual, como intervalo, salían a tomar el *vermouth* (mermú) a horas de almuerzo, y como final, al caer la tarde, hablando entonces magistralmente de política, y combinando el programa nocturno. Comencé a frecuentarlos, más interesado cada día. Jugábamos al billar, hasta que entraba la noche; comíamos en casa o en el restaurante, a la disparada, y después nos reuníamos, ora aquí, ora allí, en la «timba» del Maneo, en el establecimiento de Ilka, la polaca, donde solía haber descomunales bochinchas, y en el que nadie entraba sin que un agente de policía lo registrase para quitarle las armas, o en algún otro sitio del mismo género. Me sorprendió encontrar, alrededor de un tapete criollo o bajo un emparrado polaco, no sólo a los camaradas, a los demás contemporáneos, sino también a toda la flor y nata de Los Sunchos, con el mismo don Sócrates a la cabeza. ¡Y dicen que la Grecia antigua no renace en nuestro «país», con Sócrates y todo!... En fin, a la madrugada nos íbamos a acostar, y yo gozaba de esa hora admirable en que todo lo

viviente calla un momento, reconcentrándose, reconstituyéndose en el sueño, para despertar, poco después, más fresco, más ardiente, más vigoroso. Siempre he tenido un flaco fervor por los grandes espectáculos de la naturaleza, y creo que, si la política no me hubiese absorbido por completo, hoy sería el descriptor más notable de las bellezas y la grandiosidad del paisaje argentino.

Pero no es posible repicar y andar en la procesión.

- XII -

Pocos años más tarde, una diversión de otro orden, que me atraía muchísimo, fue el punto de arranque de una de las manifestaciones más significativas de mi vida.

Solía yo visitar de noche la redacción de *La Época*, periódico semi-oficial, sostenido por la Municipalidad y redactado por un joven aventurero español, que respondía al sonoro nombre de Miguel de la Espada, mozo capaz de escribir cuanto conviniese a los que le pagaban, y tipo común de todos los pueblos y ciudades de la República. La imprenta era una casucha de tres piezas, sucia y miserable, situada a pocos pasos de la plaza pública, en una calle adyacente. En el primer cuartujo estaba instalada la Redacción, con una mesa larga de pino blanco, llena de diarios y papeles, un pupitre alto, para los libros de caja de la Administración, varias sillas de enea, una silla de vaqueta, de alto respaldo, piso de ladrillos hechos polvo, paredes blanqueadas, llenas de telarañas y manchas de tinta y de mugre, cielorraso empapelado, del que colgaban lamentablemente varias tiras de papel, despegadas por las goteras... Aquello olía a humedad, a aceite, a petróleo. En la segunda habitación, oscura y mal ventilada, veíanse los burros y las cajas de componer, para los tres operarios; en la tercera estaba la vieja prensa de mano y el catre del peón. Allí reinaba de la Espada, y allí nos reuníamos algunas noches varios jóvenes situacionistas, a comentar la vida doméstica, social y política de Los Sunchos. Eran de oír las habladurías, chismes, críticas, difamaciones y calumnias que formaban el fondo de aquellas amenas charlas, análisis de la vida y milagros del pueblo entero, en que los detalles faltantes eran sustituidos con ventaja por otros, fruto de la imaginación de los contertulios. La famosa botica de Paredes, llamada el «mentidero», no aventajaba en nada la redacción de *La Época*. Allí me inicié en todos los misterios de la aldea, conocí la historia de todas las familias, supe las faltas de éstos, los errores de aquéllos, los delitos de los otros, aquilaté la virtud exigida de las mujeres y comencé a ver otro aspecto del mundo, quizá algo exagerado, quizá un poco ennegrecido, pero, en resumen, muy aproximado a la realidad.

De la Espada era hombre de unos treinta años, menudito y móvil, de ojos pequeños, llorosos y casi sin pestañas, cetrino, con un bigotito de cerdas, horrible, en fin, pero tan simpático merced a su gracia madrileña, a su picaresco pesimismo... Solía resumir las conversaciones por medio de sentencias que construían todo un curso de enseñanza, la síntesis de lo nuevo para mí, en aquel entonces, aunque flaquearan bastante en cuanto a originalidad. Había sido en pocos meses, cuanto se podía ser, desde acomodador de teatro en Buenos Aires hasta director de periódico en Los Sunchos, y decía (vaya un ejemplo):

-Todas las mujeres tienen su cuarto de hora, y el que acierte a acercárseles en ese momento puede estar seguro de obtenerlas.

O bien:

-Todos los hombres se venden; la cuestión es dar con el precio.

O bien:

-Para llamar honrado a un hombre es preciso ponerlo en la mayor necesidad, y, al mismo tiempo, darle ocasión de que robe. Si no roba es honrado. Pero en esas condiciones no hay quien no robe.

-Igual cosa digo de la mujer honesta. No hay mujer que no haya engañado a su marido, por lo menos en pensamiento, si ante su vista pasó alguien a su juicio mejor que el marido. Ante su vista o también ante su imaginación...

Estas doctrinas me seducían, aunque hiciera de vez en cuando algunas reservas, porque, entre otras cosas, no podía admitir que mi madre hubiera faltado, ni aun soñando, a sus deberes. Pero esta excepción no alcanzaba, generalmente, a la madre de los demás, y pecaba por exceso de limitación. La sabiduría de la Espada se infiltraba, pues, en mí, y no había de tardar en ensayarla en la práctica de la vida.

Otro entretenimiento que no debo pasar por alto, pues tuvo cierta influencia en mi vida: iba a menudo a tomar mate con el viejo comisario don Sandalio Suárez, en la misma comisaría, interesándome en la organización de la vigilancia y otros servicios, y, sobre todo, en los problemas policiales, aunque Sherlock Holmes no hubiese nacido todavía, ni el genial Poe y el monótono Gaboriau hubiesen llegado a Los Sunchos. Yo interrogaba al viejo paisano acerca de las maravillosas facultades investigadoras de los rastreadores y la admirable perspicacia de Facundo, que pinta Sarmiento.

-Todas éstas son camamas -contestaba don Sandalio-. Nadie descubre a los criminales, cuando no se entregan ellos mismos, y yo, que te hablo, con todos mis años de policía, no he agarrado a ninguno, sino en fragante, por casualidad, o porque, de sonso, se me entregó él mismo.

Me contaba sus recuerdos, casi todos político-electorales, y varias veces me invitó a acompañarle en sus pesquisas, en las que yo colaboraba con entusiasmo. Recuerdo, entre otras cosas, el asesinato de una mujer, cuyo autor busqué por el buen método, averiguando a quién podría aprovechar su muerte. Di con el marido, enamorado de otra, joven y bonita, y lo hice prender. Pero pocas noches después un borracho se jactó en una trastienda de ser el asesino, y de que nadie sospecharía de él. Detenido e interrogado, supimos que había asesinado a la mujer por «gusto», sin razón ni objeto, sólo porque se le ocurrió, estando muy ebrio, al verla asomada a la puerta de su casa... Este fracaso no me desalentó, y hasta me propuse perseguir y descubrir a los cuatreros que infestaban el departamento.

-¡Dejáte de cuatreros! -exclamó don Sandalio, cuando le hablé de mi intención-. Si te metés en eso te va a salir la torta un pan. ¡El chasco que te darías si los descubrieses y supieses que eran don, y don, y otros que tampoco te quiero nombrar!

Pero dejemos la policía para seguir el hilo de mi historia.

Celebrábanse entonces, como ahora, en Los Sunchos, al mediar la primavera, fiestas populares introducidas por los vecinos españoles y adoptadas con entusiasmo por la población criolla: las Romerías. En un gran terreno cercano al pueblo alzábanse tinglados, tiendas de lona, galpones de madera, enramadas, quioscos, improvisándose una aldea volante, una especie de paradero de indios, que se adornaba con banderas, follaje, gallardetes, guirnaldas de telas baratas y churriguerescas, y que habitaban algunos comerciantes establecidos en el pueblo, y muchos de ocasión, ofreciendo baratijas, géneros y ropas ya invendibles, y sobre todo cosas de comer y beber, buñuelos, cerveza, tortas fritas, vino carlón, chorizos asados... En la gran «carpa» de la Sociedad Española se instalaba un bazar de caridad, atendido por las niñas más conocidas del pueblo, y en él se vendían, se remataban o se rifaban mil «clavos» generosamente regalados por los comerciantes fuertes. La gente menuda tenía, como diversión, palo-jabonado, rompecabezas, «calesitas»; el populacho, baile al aire libre, al son de gaitas y tamboriles, rara vez sustituidos por la banda de música de Los Sunchos, que tocaba, sobre todo, en la «carpa» de la Sociedad, punto de reunión de la gente distinguida. Una atmósfera sensual, intensificada por todos los efluvios de la primavera, una loca necesidad de divertirse, de gritar, de moverse, de rozarse, reinaba en las romerías, y embriagaba a todos, comenzando por la masa popular, para invadir poco a poco las capas superiores. Más capitosas que el carnaval, porque reunían a todo el mundo en un solo sitio, el contagio sexual era en ellas más rápido y avasallador; pero en la ingenuidad de las costumbres, esto no lo advertían sino el cura, que predicaba contra los excesos y pedía moderación, y alguno que otro viejo, cuyas observaciones se tomaban generalmente como una demostración de envidia de los que ya no pueden divertirse.

Aquel año fui el asiduo cortejante de Teresa, un poco por iniciativa propia, un poco porque ella halló manera de cautivarme con sus monadas, acercándoseme a cada rato, en un principio, con el pretexto de ofrecerme cedulillas de la rifa o artículos del bazar de caridad. Bailamos toda la noche, cuantas veces se organizó el baile para la «gente decente», en un tablado hecho a propósito junto a la «carpa» de la Sociedad; la di el brazo, acompañándola cuando ejercía sus funciones de vendedora a través de la multitud acudida del pueblo, y de las aldeas y estancias vecinas, y no desperdiçé la ocasión de decirla mil ternezas que la conmovían y la enajenaban, hasta el extremo de sentirla temblar, al apoyarse con abandono en mi brazo.

- ¡Pero eres un malo, un perverso! -me decía-. ¡No te puedo creer! ¡Si me quisieras de veras no te pasarías los meses enteros sin ir a verme!

¿Era el cuarto de hora de Espada *d'après* Rabelais?

Así lo creí, pues le declaré que si no iba a verla era porque «me daba rabia» hablar con ella, habiendo gente delante, o con una reja de por medio.

-Si me esperaras en la huerta, donde podemos conversar a gusto, yo iría a verte todas las noches.

-¡Pero eso está muy mal hecho! -exclamó.

¿Por qué? ¿Qué había de malo? ¿No tenía confianza en mí? ¿No estábamos acostumbrados a andar juntos y solos, desde chicos? E insistí:

-No me digas que sí ni que no. Esta noche iré a la huerta. Si quieres, me esperas; si no estás, lo sentiré mucho y me volveré a casa...

Lo dije con un acento de tristeza y terminé con un tono de vaga amenaza, tales que, vencida, me estrechó el brazo y me miró a los ojos con la vista turbia. Iría a la huerta, sin duda alguna.

Don Higinio, como es natural, había notado mis asiduidades, y la actitud de Teresa, pero no les dio importancia, o, más bien dicho, se felicitó, sin duda, de nuestro acuerdo, que debía conducirnos a la ejecución de sus proyectos matrimoniales, de larga data planteados.

-¡Ah, pícaro! -me dijo, golpeándome el hombro-. Ya te he visto de «temporada»... ¡Cómo ha de ser! Los muchachos se apuran a ocupar nuestro sitio, y no tienen reparo en dejarnos a un lado...

Me reí, sin contestar, pensando en cuán distintos de los suyos eran mis planes, y diciéndome: «Si éste piensa en casarme, ya está fresco. ¡Cualquier día renuncio yo a mi libertad por una cosa que puedo obtener sin semejante sacrificio!» Sin embargo, me prometí, tanto si Teresa acudía a la cita cuanto si me dejaba plantado, conducirme de allí en adelante con mayor cautela y ocultar en lo posible nuestros amores, para no dar asidero a don Higinio y rehuir sus insinuaciones, que no tardarían en ser exigencias.

Teresa me aguardó cuando, al volver de las romerías, todos se hubieron acostado en su casa. Hablamos largo rato, ella con ternura, yo con diplomacia, sentados bajo un enorme sauce que había en el fondo de la huerta. Un momento creí que estaba completamente a mi discreción, pero a la primera libertad que quise tomarme se levantó sin aspavientos, y separándose un paso de mí me dijo con serenidad y blandura:

-No, eso no, Mauricio. Me has prometido portarte bien, y por eso estoy aquí. Conversemos cuanto quieras, pero con juicio. Mira que ya no somos criaturas.

¡Sonsa! ¡Más que sonsa!

Había tanta tranquila resolución en su acento, que me quedé cortado, sin acertar a decir palabra. La entrevista perdió para mí todo su encanto. ¿Quién la hacía tan cauta? ¿Cómo, en su inocencia y en su afecto, real y grande, hallaba, sin embargo, fuerzas para resistir? No lo sé, aunque me parece efecto de la educación, no de las lecciones paternas, sino de las charlas íntimas con las amigas que van revelándose mutuamente la vida y sus peligros. Pensé que el «cuarto de hora» no había sonado o había pasado ya, pero, repuesto de la primera impresión, logré decirla algunas nuevas ternezas, prometiéndola ser más serio en adelante y no importunarla en otra cita que pedí para la siguiente noche.

-Sí, vendré. Pero tienes que jurarme que estarás quietito.

La estreché la mano, y me fui rabiando conmigo mismo. Debía haber sido más audaz, debía... Y me puse a forjar para lo futuro planes de seducción análogos a los leídos en las novelas, recordando al propio tiempo el aforismo de de la

Espada: «Para conquistar a una mujer desinteresada se necesita mucho tiempo y mucha paciencia. A su tiempo maduran las uvas, y el pobre porfiado saca mendrugo, mientras que el exigente se queda afeitado y sin visita»... Pero me parecía que nuestros amores duraban ya tanto, tanto...

-¿Será que no me quiere? ¿O tiene la decidida voluntad de que me case con ella, y sabe que para eso es necesario no ceder? ¡Diablo de muchacha!... ¡Bah! Consultaré a de la Espada, lo haré mi confidente... ¿Por qué no?... Él sí que tiene experiencia... y no dirá nada a nadie.

- XIII -

Al día siguiente, revelé a de la Espada todos mis secretos, sin omitir ni aun el fracaso de mi última tentativa. Se echó a reír.

-¡No seas tonto! -dijo-. No te aflijas ni te desalientes. La muchacha está a punto, y sólo te falta la ocasión. ¡No vayas a asustarla! Por el contrario, inspírale la mayor confianza posible, y espera. La casualidad te proporcionará, indudablemente, algún momento de gran emoción para ella. Ése es el bueno, y habrá que aprovecharlo... Pero ¡ten cuidado! Mira que el padre no es de los que aguantan esas cosas, y en cuanto llegue a descubrir tus intenciones, o su realización, si no te mata es muy capaz de casarte a la fuerza, tanto más cuanto que es íntimo amigo de tu padre.

-¡Bah! -repliqué-. Ya veremos lo que se hace. No le tengo miedo al viejo, y no es el primero que tiene que jorobarse. ¡Cuántos del pueblo, según tú mismo me has dicho, han tenido que hacerse los sonsos, para evitar que el escándalo fuese más grande!...

La oportunidad de que hablaba «el galleguito», como le decíamos, no tardó, efectivamente, en circunstancias trágicas para mí... Había conversado muchas noches con Teresa, adormeciendo sus recelos, exasperando su amor, y entre nosotros reinaba la más deliciosa intimidad. Hablábamos de casarnos... hacíamos proyectos... Ella quería que viviésemos en casa de su padre, yo fingía que habitásemos en la nuestra, y sólo se arribaba a un acuerdo, cuando nos proponíamos hacer una sola de las dos familias, cosa fácil, dada la amistad que las vinculaba.

-¡Lo malo es que así nunca estaremos solos! -objetaba yo-. Siempre tendremos a uno de los viejos pisándonos los talones.

-¿Y eso, qué le hace? -replicaba Teresa-. Si no nos quisiéramos sería otra cosa, ¡pero nos queremos tanto!...

Pero vamos al caso. Una tarde, y como solía desde que yo iba «haciéndome hombre», Tatita me invitó a montar a caballo y acompañarlo hasta una chacra, a dos o más leguas del pueblo, donde tenía un negocio pendiente que era preciso arreglar sin pérdida de tiempo. Su invitación era una orden, y no desagradable, porque nunca he visto más jovial compañero de viaje y jamás me he aburrido a su lado.

No tardaría mucho en hacerse noche, porque habían dado ya las siete, pero el asunto urgía y ambos estábamos acostumbrados a recorrer el campo a cualquier hora, sin miedo al rayo del sol de mediodía, ni a las «luces malas» de la media noche. Llegamos a la chacra cuando acababa el día, con una puesta de sol admirable que envolvía la pampa entera en un manto de púrpura. Tatita arregló en un cuarto de hora o veinte minutos lo que tenía que arreglar, apretamos nuevamente la cincha a los caballos y emprendimos el regreso. Era casi completamente de noche. Sólo una línea pálida, al Oeste, señalaba el sitio por donde se había marchado el sol. El crepúsculo, engañoso, nos fingía paisajes desconocidos, contagiándonos con su propia vacilación. Sin dejar de ver, no discerníamos la naturaleza de las cosas vistas, y sólo una larga práctica nos permitía seguir sin desviarnos la cinta descolorida del camino.

-¡Vamos a llegar muy tarde! -exclamó de pronto Tatita-. Cortemos campo.

-¡Cortemos! -contesté, poniendo la cabeza del caballo en dirección a Los Sunchos, sin abandonar el galope.

El camino daba un gran rodeo para evitar un baño intransitable en la época de las lluvias; aquella larga curva podía acortarse en una tercera parte tomando la línea recta, la cuerda, como si dijéramos, pero el proyecto no era muy cómodo, porque el campo, cubierto de grandes matas de cortadera y de hierbas altas, tenía, además, vastos limpiones llenos de vizcacheras. Afortunadamente la pálida mancha de estos rompecabezas basta para advertir el peligro a un jinete experimentado, aun en la oscuridad de la noche, sobre todo si monta un caballo «baquiano», uno de nuestros criollos de tan agudo instinto campero.

Me adelanté, pues, al galope largo, fiándome de mi cabalgadura, que evitaba matorrales y vizcacheras atenta a todos los detalles, moviendo sin descanso las orejas, y habría galopado un cuarto de hora, cuando me pareció oír un grito. Detuve en seco el caballo y escuché. No oí nada más, ni siquiera el galope del zaino de Tatita, cuyas herraduras debían resonar, sin embargo, en la tierra del bañado, dura entonces, por la sequía, como un pavimento de asfalto. ¿Qué significaba aquello? Alarmado volví grupas y corrí hacia atrás a rienda suelta. Nada veía. Nada oía. Mi caballo dio de repente una terrible espantada junto a una vizcachera, y echó a disparar pesando violentamente sobre el freno. A duras penas logré contenerlo, y acariciándolo le obligué a volver al paso hacia la vizcachera, contra toda su voluntad... ¡Qué espectáculo! Primero entreví, lleno de susto, la masa del zaino que, con las patas rotas, resollaba y resoplaba lastimosamente. Un poco más lejos estaba Tatita, tendido en la tierra petrificada de la vizcachera. Me tiré del caballo, corriendo en su auxilio. Una larga herida le cruzaba el cráneo, bañándolo en sangre. No respiraba; el corazón parecía no latir...

Volví la vista a todos lados. El camino estaba lejos, y por el bañado no pasaba nadie, sobre todo a aquellas horas. ¿Qué hacer? ¿Dejar a Tatita y correr en busca de socorro, ya que ni agua tenía a mi alcance para tratar de hacerlo volver en sí? No había otro partido que tomar. Lo recosté lo mejor que pude, le hice una almohada con mi blusa y mi poncho, observé de nuevo si respiraba, si se movía, y, convencido de lo contrario, con el corazón en la boca, monté y emprendí la más desesperada de las carreras hacia Los Sunchos, cuyas luces se veían a la distancia.

Azorado y sin poder coordinar bien las ideas, traté, sin embargo, de reconstruir el accidente; preocupado por un asunto que podía significarle la pérdida de una crecida suma de dinero, Tatita se había distraído, confiando en el instinto

del viejo caballo, que conocía perfectamente el campo en muchas leguas a la redonda. Pero el zaino habría tenido también su momento de distracción, bastante para meter las manos en una cueva de vizcacha, «bolearse» y proyectar a su jinete a varios metros de distancia. El pobre Tatita debió dar con la cabeza en la tosca dura que rodeaba las vizcacheras... ¿Estaría muerto? ¡No! Semejante rodada no acababa con los gauchos de su temple. ¡No! Cuando mucho, sufriría un largo desmayo y la herida sería fácil de curar... La primera juventud se rebela contra la idea de la muerte.

Volví con gente que, por fortuna, encontré en las afueras del pueblo, mientras un hombre corría a avisar al médico y a buscar un coche. Yo esperaba encontrarlo en su sentido, incorporado y pronto a emprender la marcha; pero seguía inerte, tibio aún, y no fue posible hacerle tragar una gota de ginebra, llevada a prevención. El doctor Merino, que llegó diez minutos después, sólo pudo comprobar el fallecimiento.

No omitiré aquí un episodio que, pese a las circunstancias trágicas, me ocupó un instante, produciéndome honda impresión. Fidel Gomensoro, uno de los paisanos que me habían acompañado, oyendo que el zaino de Tatita resollaba y se quejaba casi como una persona, se acercó a examinarlo.

-Tiene las dos patas quebradas -dijo-. Hay que despenarlo.

Y sacando el facón de la cintura, con ademán resuelto, de un solo tajo lo degolló, consumando así, sin pensarlo, un sacrificio usual en la tumba de los antiguos señores de la pampa...

El cadáver del pobre Tatita fue tendido cuidadosamente en el carruaje, y yo lo seguí al paso de mi caballo, sin saber lo que me ocurría, como si yo también hubiese recibido un golpe en la cabeza... Antes de llegar al pueblo, nuestro pequeño grupo había aumentado considerablemente, y al pasar por las calles principales, dirigiéndonos a casa, formábamos ya un imponente cortejo: la noticia había cundido; los amigos, los indiferentes y los enemigos atraídos por la pena, la curiosidad o la disimulada satisfacción. Entretanto, algunas mujeres rodeaban ya a Mamita, preparándola para la horrible sorpresa. Al oírnos llegar, se precipitó hacia el carruaje, presintiendo que sólo encontraría un cadáver. La escena fue desgarradora, y entonces comprendí cuánto amaba mi pobre madre a aquel hombre que había vivido con ella treinta años de indiferencia y de abandono.

El velorio y los funerales hicieron época en Los Sunchos. Mamita, incapaz de ocuparse de nada, sino de llorar y rezar junto a su esposo, dio carta blanca a amigos y sirvientes, y la mesa estuvo puesta durante treinta y seis horas largas, alternándose el chocolate con los vinos y licores, los «churrasquitos» con el mate dulce o amargo, el puchero con la chatasca, las empanadas, la chanfaina y las tortas fritas.

Una nube de chinas de las casas amigas habían ido «a ayudar», convirtiendo la nuestra en *pandemonium* y la sala, el comedor, las habitaciones de respeto, estaban llenas de visitantes, hombres y mujeres que hablaban de política, contaban cuentos, jugaban a las prendas, iniciaban o continuaban sus intrigas amorosas... Y esta animada tertulia, en que sólo faltó el baile, se prolongó hasta la hora de conducir los restos a su última morada.

Yo estaba aturdido. Tatita había sido tan bondadoso, tan camarada, que lo quería de veras, y su ausencia repentina e irrevocable, producíame, al propio tiempo que dolor, una rara sensación de espanto, como si me encontrara de pronto y por primera vez ante lo desconocido amenazador. Pero todo esto, terror y pena, era vago, indeciso, como si no me diera, como si no pudiera darme cuenta exacta del hecho brutal, como si pasara por una confusa y angustiada pesadilla...

Hubo discursos junto a la tumba de don Fernando Gómez Herrera, cuyo ataúd acompañó el pueblo en masa hasta el pobre y descuidado cementerio de Los Sunchos, cubierto de pasto y poblado de peludos y de víboras. Don Sócrates Casajuana, el intendente municipal, dijo que era un prohombre a quien la patria y su partido debían sacrificios innumerables. Don Temístocles Guerra declaró que perdíamos en él un vecino progresista y un ciudadano patriota, que no podría ser reemplazado jamás. El doctor Argüello, senador de la provincia, que, con el diputado Quintiliano Paz, había ido expresamente a Los Sunchos, para honrar la memoria de Tatita, habló en nombre del poder ejecutivo y de la legislatura, recomendando al pueblo que siguiera las admirables huellas del probo y austero ciudadano, prematuramente desaparecido cuando, en plena madurez, mayores servicios podía prestar a la patria.

Yo oía todas aquellas frases como quien oye un vago y molesto zumbido, y no podría reconstruirlas ahora, si después no las hubiera escuchado cien veces, dichas sobre cien tumbas diferentes, siempre las mismas, siempre triviales, siempre demostrando un desconocimiento casi completo de la personalidad a quien se honraba, siempre sin proporción ni medida, como si todos los hombres, iguales en la muerte, lo hubiesen sido también en la existencia.

A la puerta del cementerio, acompañado por el cura, don Jenaro Cecchi, por algunos presuntos parientes de Papá o de Mamá, y por don Higinio Rivas, que lagrimeaba sinceramente, estreché una tras otra todas aquellas manos indiferentes, y escuché de aquellas bocas sin emoción las rituales palabras de pésame. Esta larga, esta interminable ceremonia fue para mí una tortura. Por fin, en el mismo carruaje que la antevíspera había recogido el cuerpo inanimado de mi padre, volví a casa, en un estado de estupor, sólo comprensible si me digo que la naturaleza turba y enajena el cerebro del hombre en las grandes catástrofes, anestesiándolo en cierto modo, hasta que empieza a acostumbrarse al dolor. El cura y don Higinio me acompañaban.

En casa, y con otras señoras y niñas, Teresa trataba de consolar a Mamita que, encerrada en su cuarto, a oscuras, llorando y rezando, no quería ver a nadie ni dejarse distraer de su pena bajo pretexto alguno. Me tuvo abrazado largo rato, cubriéndome de besos y bañándome en sus lágrimas.

A la hora de comer, todas las visitas se marcharon, excepto Teresa, que quedó para acompañar a mi madre y manejar la casa, por indicación de don Higinio.

Por la noche, solos, viendo y compartiendo mi honda aflicción, me habló más tiernamente que nunca. Embriagados por el dolor, hubo un instante en que nos abrazamos, perdida la cabeza.

Y éste fue el momento de gran emoción de que hablara de la Espada.

La muerte de Tatita dejaba en manos de don Higinio Rivas los destinos políticos de Los Sunchos, que había compartido con él. Era el caudillo único e indiscutible, entre otras cosas porque, conocedor de los secretos del gobierno de la comuna, tenía a todas las autoridades como si dijéramos rendidas a discreción. Convencido de que tarde o temprano me casaría con Teresa, ignorante del cambio radical introducido en nuestras relaciones, sabiendo que mi padre nos había dejado más deudas que bienes, que Mamita era incapaz de salir del atolladero y que yo no sabría manejarme mucho mejor que ella, me propuso encargarse desinteresadamente de arreglar nuestros negocios, de modo que nos dieran satisfacción.

-Yo conseguiré que se queden con la chacra y que puedan pagar a los acreedores por medio de una amortización, arrendando las tres cuartas partes del terreno, que no les hace falta. Para que vivan, para el puchero, la ropa y los gastos menudos, no será difícil que el gobierno de la provincia pase una pensión a la viuda, y yo mismo iré a la ciudad a trabajar hasta conseguirla. Es lástima que Fernando haya muerto sin arreglar sus cosas, y que fuese tan despilfarrador, porque hubiera podido dejarles una fortunita. Pero ¡no importa! Con todo, la chacra valdrá mucho a la vuelta de pocos años y podrás venderla muy ventajosamente cuando mejoren los tiempos. Tu mamá, entretanto, necesita muy poca cosa, «vos podés» manejarte con el sueldito de la Municipalidad, que ya te han aumentado dos o tres veces, y lo principal es ir viviendo sin que los usureros les claven las uñas.

Se interrumpió, vaciló un poco, como si le costara lo que iba a decir, y agregó:

-¡Esto, muchacho, es un secreto para nosotros dos y para tu mamá, nada más! Fernando tenía mucha confianza en mí, y con razón, porque siempre fui muy su amigo... Temiendo que algún día pudieran obligarlo a vender la chacra en malas condiciones, me pidió que se la hipotecara con pacto de retroventa. Naturalmente, esto era «engañapichanga». Hicimos en la escribanía el contrato de hipoteca, y yo le di una contracarta sin fecha, declarando que me ha pagado y que la propiedad sigue siendo suya: esto para el caso de que me sucediera una desgracia repentina, porque entre nosotros no había necesidad de semejante garantía. Esa carta debe estar entre los papeles del finado. Traémela y te daré otra para tu resguardo. La hipoteca vence en estos meses; la renovaremos a tu nombre y el de tu mamá, con las formalidades de la testamentaria, y así nadie podrá nunca meter el diente en lo único que les queda.

Se interrumpió para añadir después, con una risita entre maliciosa y avergonzada:

-Todo esto no será muy legal; pero, hijito, cada uno se agarra con las uñas que tiene, y a mí me parece que tu tata tenía mucha razón de no querer quedarse en camisa y en el medio de la calle, para pagar a sus acreedores, que son casi todos gente rica, y que no necesita de esos cobres. Vos, por tu parte, como irás pagando, no tenés nada que echarte en cara...

Dimos a don Higinio cuantos poderes necesitaba para regir libremente nuestros asuntos. Arrendó parte de la chacra en buenas condiciones, obtuvo la pensión del gobierno de la provincia y otra del nacional para «la viuda e hijo de un guerrero del Paraguay», arregló con los acreedores exigiéndoles una importante quita y haciéndolos contentarse con una pequeña amortización anual -«del lobo un pelo», decía él-, de manera que, en vez de empeorar, nuestra situación mejoró, porque ya no estaba allí Tatita, manirroto a quien ningún dinero daba abasto, y porque yo no me había acostumbrado todavía a tirar la plata, gracias a las pocas ocasiones que Los Sunchos me ofrecían y gracias también a que Teresa tenía aún la facultad de absorberme. En casa reinaba, pues, la abundancia, y hubiera reinado la alegría si Mamita, como la enredadera que se encuentra de pronto sin arrimo, aunque sea el rudo y áspero de una tapia, no se hubiera marchitado y abatido, más silenciosa y solitaria que nunca.

-Pocos años de vida le quedan a misia María -murmuraba la gente al verla pasar como un fantasma, sin ser ya ni la sombra de la mujer de antes, que, taciturna y resignada, tenía, sin embargo, manifestaciones simpáticas y amables para todos.

-¿Por qué te afliges tanto, Mamita? -me atreví a decirla una vez-. Al fin y al cabo, Tatita no te hacía tan feliz...

Me miró espantada, como si acabara de blasfemar, y exclamó:

-¡Mauricio! ¡Era tu padre!

La religión de la familia primaba en ella, sobre cualquier otro sentimiento, sobre todo raciocinio.

Así fue pasando lenta y monótonamente el tiempo, hasta que don Higinio quiso un día complementar con un golpe de maestro la magnífica ayuda que nos había prestado, poniendo en marcha de un modo decisivo su proyecto de «hacerme hombre».

Ocurrió que, en la lista de candidatos oficiales por nuestro departamento, figuraban dos o tres que no eran, ni con mucho, de la devoción de las autoridades sunchalenses. Uno de ellos, sobre todo, Cirilo Gómez, ex-vecino de Los Sunchos, y culpable de una grave indiscreción sobre el manejo de los fondos municipales y de la tierra pública, era enemigo personal de Casajuana y de Guerra, que habían contagiado con su odio a don Sandalio Suárez, el comisario de policía. Los tres, saliéndose de madre, protestaron violentamente contra los proyectos electorales de sus jefes (las listas les llegaban siempre hechas de la ciudad, y ellos las hacían votar a ojos cerrados, obedeciendo al Gobernador) y declararon que no votarían jamás aquella, si no era modificada de acuerdo con sus deseos, eliminando la candidatura ingrata de Cirilo Gómez; y, llegando en su indignación a la amenaza, juraron que, en caso de ver desairada su justísima exigencia, harían abstenerse a «sus amigos», dando el triunfo a la oposición, que se envalentonaría enormemente con ese primer éxito que le caería de arriba...

Esto agitó hasta la convulsión al pacífico pueblo de Los Sunchos, desencadenando pasiones y ambiciones. En tan graves circunstancias, don Higinio asumió su papel de caudillo, predicó la moderación, el mantenimiento de la disciplina a todo trance, y se encargó de arreglar personalmente las cosas, de manera que todos quedaran satisfechos -todos menos el candidato que hoy llamaríamos boicoteado-. Iría a la ciudad, se pondría de acuerdo con los jefes del partido oficial, ¡hasta vería al Gobernador si era preciso! Le dieron plenos poderes, y, preparándose para el viaje y la campaña política, aquella misma noche me llamó:

-¡Muchacho! -me dijo-. Tengo tu suerte en la mano. No estaba esperando más que una «bolada» y lo que ésta no me la quita nadie. Aunque todavía no tengas la edad, te vamos a hacer diputado. Así, como suena, diputado.

Me quedé estupefacto. En mis sueños más ambiciosos no me había atrevido a esperar semejante ganga sino para muchos años después, y eso vagamente. De simple empleadillo de la Municipalidad -pues aunque el sueldo aumentado ya varias veces era crecido, no se me había dado función alguna, por la sencilla razón de que no la ejercería-, de simple empleadillo de la Municipalidad a diputado a la Legislatura de la provincia ¡era tan grande el salto!...

-¿De veras, don Higinio? ¿No me está titeando? -logré preguntar por fin-. ¿Con qué títulos?

-«Sos» hijo de tu padre y un poco hijo mío, si me salgo con la mía... que me he de salir. ¡No! Si no soy ciego y no tenés para qué hacer aspavientos. Claro, que si Teresa fuera macho, no te caería la ganga... Pero viene a ser lo mismo... Yo me entiendo, y cuando llegue el momento... La muchacha y «vos» sois muy jóvenes todavía... Bueno, pues, además del nombre de tu tata y de mi protección, tenés tus trabajos: has escrito en *La Época*.

En efecto, con el contagio de la redacción, había garabateado uno que otro sueltcito, una que otra diatriba más o menos calumniosa o epigramática contra nuestros adversarios.

-De la Espada, como que es gallego, no puede pretender otra cosa que un poco de platita, y se la daremos. Será el primero en cacarear que «sos» el alma del diario y el mejor elemento del partido. En fin, ésta es cosa mía, y podés estar seguro de que no me la quita nadie.

Yo tenía fiebre. No sabía lo que me pasaba, no podía estarme quieto, ni hablar; hubiera bailado, chillado, corrido. Entretanto, don Higinio me reservaba una sorpresa más importante todavía, si se mira bien.

-Serás diputado -continuó- y tendrás una fortunita. Vengo pensando en eso desde hace mucho, y creo que por fin he dado en el clavo. Apenas te sentés en tu banca de la Legislatura, yo haré que la Municipalidad mande abrir las calles Santo Domingo, Avellaneda, Pampa, Libertad, Funes y Cadillal, que están cortadas por tu chacra. Naturalmente habrá que pagarte el valor del terreno que te quiten, es decir, unas veintitantas mil varas cuadradas, y te las han de pagar bien. Te quedarán, entonces, nada menos, veintiséis manzanas de pueblo, en el mismo riñón, como se dice. Siguiendo mi mal consejo, podés vender dos o tres de las más afuera para hacer veredas y tapias con esa platita. Lo que quede, a la larga será toda una fortuna, aunque ahora valga poco. Si el país sigue adelantando, de repente vas a ser más rico que Anchorena. Y no te digo más.

Lo abracé, bailando.

-¡Oh, don Higinio, cómo le podré pagar!...

Me apartó sonriente, y meneando su cabeza de león manso, se puso a armar con cachaza un cigarrillo negro. Después agregó con calma un poquito conmovida:

-Yo no te pido nada. Sé lo que valés y te tengo confianza... Además, también lo hago por Teresa, que te quiere mucho y será una compañera de mi flor... Eso te lo garanto, porque los Rivas somos todos como platita labrada, muy «derecho viejo», más leales que un perro... Y ahora, muchacho, tené mucha paciencia y estate muy calladito la boca, no sea cosa que nos conozcan el juego.

Y me mandó que me fuera, sin querer escuchar mis protestas de gratitud.

- XV -

Teresa me contó aquella noche que la casa era una romería desde que don Higinio se había encargado de arreglar aquel asunto. Sabiéndolo con una diputación en la mano, chicos y grandes iban a pedírsela, y lo colmaban de ofrecimientos, de promesas, de manifestaciones entusiastas. El viejo no soltó prenda. Todos se marchaban creyendo en la posibilidad de resultar agraciados, pero sin ninguna palabra decisiva; enumeraba los méritos de cada uno, en su presencia, alababa los servicios prestados a la causa, decía con aire protector «veremos lo que piensan en la ciudad», y daba sendos apretones de mano. Los pechos de todos los ambiciosos de Los Sunchos palpitaban como el de un solo hombre en vísperas de un gran acontecimiento feliz, y algunos me hicieron confidente de sus esperanzas, y hasta solicitaron mi apoyo, suponiendo que tenía cierta influencia con don Higinio. Este período de satisfacción, de beatitud, pasó pronto, sin embargo, dando lugar a otro de irritabilidad e inquina. Despertáronse de pronto los recelos, y Los Sunchos se convirtió en un semillero de intrigas. Medio pueblo habló pestes del otro medio, porque cada cual quería despejar de competidores el campo de la acción. Sólo yo resultaba indemne en aquella lucha a dentellada limpia, porque nadie me creía con la menor probabilidad de llevarme la presa.

La Época, inspirada por don Higinio, dijo que los aspirantes, por muy legítimas que fueran sus ambiciones, eran demasiado numerosos, que la ardiente competencia iniciada ponía en peligro la disciplina del partido, dando un pésimo ejemplo de discordia, y que se imponía a todos los pretendientes en general, como una prueba de generosos sentimientos y altas ideas, deponer sus pretensiones en el sagrado altar de la patria. Agregaba que el nuevo candidato sería designado por los jefes del partido, es decir, en la capital de la provincia, porque, dada la disconformidad de las opiniones, algunas egoístas, fuerza es decirlo, las circunstancias imponían una decisión completamente imparcial, que sólo allí podría obtenerse. Y así, nadie tendría, luego, motivo de queja.

En el número siguiente el editorial de de la Espada apareció doctrinario, sin alusiones a persona alguna, según creyeron los lectores. Era indudable que, en la perplejidad de la designación, el diario oficial se daba un compás de espera. Sin embargo, el diario decía, nada menos, que había llegado el instante histórico de dar paso a las nuevas generaciones, de llevar al gobierno del país a los hombres nuevos que habían demostrado amplitud de espíritu, respeto a las instituciones, aptitudes de iniciativa, amor al progreso. Cuando los altos puestos públicos, desde la presidencia abajo, estén refrescados por sangre juvenil, será como si la nación entera recobrase una nueva y vigorosa juventud. En épocas de revueltas y trastornos, la experiencia de los ancianos es el mejor instrumento de gobierno; en épocas de paz y de prosperidad, el entusiasmo de los jóvenes es lo que conduce a mayor felicidad y a más riqueza. Nadie supuso que

aquel articulejo preparaba el lanzamiento de mi candidatura, aunque en Los Sunchos se hilara muy delgado, y fue porque estas generalizaciones no son para sintetizarlas gente primitiva y en el fondo candorosa.

Don Higinio se había marchado a la ciudad y me escribía casi diariamente, enviándome las cartas con el mayoral Contreras, su hombre de confianza, como lo había sido de Tatita. En sus cartas me señalaba, punto por punto, lo que debía hacer para complementar sus propios trabajos.

Por indicación suya, los miembros del comité local (vale decir las autoridades del pueblo) organizaron un mitin para determinar públicamente cuál iba a ser la actitud del partido. En él se rechazaría sin apelación la candidatura de Cirilo Gómez, pero, para demostrar que esto no era una rebelión, sino una desobediencia forzosa, que en nada menoscababa la disciplina, se declararía solemnemente, bajo juramento, si se consideraba necesario, que el partido votaría en masa, como un solo hombre, el nuevo candidato -quienquiera que fuese-, designado por el comité central. «Sólo así -escribía don Higinio-, se sustituiría fácilmente a Gómez y seguiremos gozando del favor del gobierno».

Aquella mañana, en el vasto corralón de Varela, se reunieron unos cuantos centenares de personas -gente del campo y peones municipales, en su mayoría-, capitaneados por Casajuana, Guerra y Suárez, a quienes servíamos de tenientes Miró, Valdés, Martirena, Antonio Casajuana, el doctor Merino, de la Espada, yo y otros. Se había preparado un asado con cuero -una vaquillona carneada probablemente en la estancia de algún opositor-, y las damajuanas de vino y las «frasqueras» de ginebra prometían un gran entusiasmo popular. En este animado escenario me estrené como orador, repitiendo, palabra más, palabra menos, algunos editoriales de de la Espada.

«Hay que sacrificarlo todo generosamente por el bien del país. Las ambiciones desmedidas de algunos ciudadanos suelen poner en peligro la marcha de nuestro partido, el más noble, el más puro, el más progresista, el único que se ha mostrado capaz de gobernar... Esas ambiciones deben ser arrancadas de raíz, como la mala hierba. Si los ambiciosos no renuncian voluntariamente a ellas, los verdaderos patriotas *deben quebrar sus apetitos en sus propias manos como un arma funesta* (frase original, calurosísimamente aplaudida). Además, ya es hora de que se abra paso a los hombres nuevos. En la política, como en la milicia, hay una edad para el retiro, y el gobierno, como el ejército, debe *completarse* con sangre joven. Y por último, a nada aspiro personalmente, nada deseo, pero mi mismo desinterés me autoriza a recomendar a mis correligionarios la más severa disciplina y la más estricta obediencia a los mandatos de nuestros jefes. Señores: ¡Viva el partido provincial! ¡Viva el Gobernador de la provincia!»

No insistiré en la ovación que se me hizo ni en las escenas que siguieron, dignas del mismo Pago Chico, no ya de Los Sunchos. Pero necesito decir que al otro día *La Época* proclamó que me había revelado orador brillantísimo, pensador profundo y uno de los cerebros mejor dotados del país, que de mí debía esperar maravillas. Los demás «discursantes», que los hubo en gran número y a cuál más ardoroso, se eclipsaron ante el astro nuevo, y en la «alta sociedad», así como en los modestos corrillos, alguien comenzó a hablar de Mauricio Gómez Herrera como de un muchacho de gran porvenir, que se estaba malgastando en aquel rincón. Como con esto se tiraba a matar a los «prohombres» de que todo el mundo estaba harto, la apreciación cundió, especialmente desde que los diarios de la ciudad, a instancias del viejo Rivas, transcribieron los artículos y sueltos de *La Época*, poniéndome por su cuenta en los cuernos de la luna.

Tomé con esto, involuntariamente, un aire misterioso, y de la noche a la mañana me hice un hombre grave, más grave quizá de lo que conviniera para no dejar traslucir mi secreto. Había adquirido enorme importancia, y una de las manifestaciones exteriores de ello era que las principales familias hallaban modo de invitarme a sus tertulias, a almorzar, a comer, cosa que antes ocurría muy de vez en cuando. Yo no paraba un momento en casa, con gran pena de Mamita que, si hasta entonces sólo me veía a las horas de comer, desde entonces ya no me vio a ninguna hora, si no es por las mañanas, mientras dormía... Aprendí con esto los rudimentos de la vida social (¡en Los Sunchos!) que tanto debía cultivar más tarde. Había sido un oso; pero las mujeres son tan amables, cuando quieren, que me sorprendí de no haber frecuentado más la sociedad... No; aventuras no tuve. Me faltaba atrevimiento, y, por otra parte, la bendita chismografía y el santo espionaje de los pueblos pequeños, como una especie de cinturón de honestidad, hacen a las mujeres recatadas y hasta virtuosas, mientras no interviene la verdadera pasión.

En fin, cuando se lanzó mi candidatura, ungida por el mismo gobierno, pocos días antes de las elecciones, mi designación sorprendió a muy poca gente: estaba en el aire, sembrada esporádicamente por don Higinio, de la Espada y los demás amigos. La única persona que se sorprendió y se asustó fue Mamita. En cuanto supo mi proclamación aceptada sin objeciones, con la mayor disciplina, impulsada por su misticismo iconólatra, empezó a encender velas ante una imagen de Nuestra Señora de los Dolores, pero nunca quiso decirme si lo hacía para que saliera o no saliera diputado... Sospecho lo último.

La elección fue canónica, porque en Los Sunchos como en todas partes, estaban vedadas a los opositores, que desde tiempo inmemorial se limitaban a protestar las elecciones ante escribano público, sin más resultado que dejar un documento para la historia, que probablemente no lo utilizará jamás. Mauricio Gómez Herrera resultó diputado, como se proclamó aquella misma noche, calurosa y clara, de un domingo de marzo, entre los estampidos de las bombas de estruendo y los pasodobles de la charanga municipal. En el comité hubo fiesta que se continuó en el club, donde se destaparon algunas botellas de champaña e innumerables de cerveza. Yo tuve que brindar con todo el mundo y con todos los líquidos.

Muy tarde, casi a la madrugada, me vi por fin libre de las amables impertinencias del triunfo. Muchos me acompañaron hasta la puerta de la casa, pero, adentro ya, no sé por qué se me ocurrió que Teresa estaría en la huerta, pese a la hora intempestiva, como una esposa abnegada que aguarda al marido calavera. Y, en la satisfacción de la victoria, que ablanda los corazones, quise que, en tal caso, la tonta fuera feliz. Esperé a que mis acompañantes, que cantaban entusiasmados, estuvieran lejos, atravesé la calle y entré en la huerta, casi seguro de no encontrar a nadie, aunque esto hubiera lastimado mi amor propio... Pero allí estaba la muchacha, agitada y nerviosa.

-Ya creí que no vendrías -me dijo con su voz cantante-. El señor diputado se hace decear... Tenés razón... Lo único que siento es que ahora te me irás...

-Me iré... Me iré; pero volveré a cada rato. ¡Estamos tan cerca de la ciudad!

Me había echado los brazos al cuello y se empujaba para, en medio de la oscuridad, ver y hacerme ver, en mis ojos y en los suyos, el reflejo de las estrellas que poblaban el cielo, titilantes e innumerables.

-¿Vendrías a menudo? -preguntó mimosa.

-Cuántas veces pueda.

-¡Sí! Es preciso que vengas -y recalcó exageradamente el «es preciso»-. No sé todavía... Pero me parece que tengo que decirte... una cosa...

Me dio un calofrío, tanto temor y tanta alegría vibraban a la vez en sus palabras. ¿Sería?

Pero la insólita entrevista no se prolongó, ni era posible que se prolongara, porque ya comenzaba a amanecer.

Como si se hubiera puesto de acuerdo con Teresa para darme mala espina, de la Espada, en medio de las embriagadoras congratulaciones del día siguiente, en un momento en que nos quedamos solos, me dijo con una cómica solemnidad que era exclusivamente suya:

-Mira, chico, yo no quiero meterme en danza; pero debo decirte una cosa. Se está hablando demasiado de tus relaciones con Teresita. Ya te han visto entrar muchas veces en su casa, entre otras anoche mismo, y el «comadreo» es tremendo y va a ser terrible. Yo no sé, tanto se habla, cómo don Higinio no ha caído en cuenta todavía... será porque es el más interesado. Pero no te fíes. Mira de quién se trata y ándate con tiento, si es que no te propones lo mejor, que sería... santificar las fiestas. Don Higinio no es de los que se llevan de las narices y puede darte qué sentir.

La misma perplejidad en que me hallaba me permitió contestar en broma al «galleguito», negando toda importancia al problema que, sin embargo, era trascendental y me preocupaba hondamente, hasta imponerme la obsesión de esta preguntita: «¿Será?»...

Era. Noches después, Teresa me reveló el, para ella, terrible y encantador secreto.

-Tenemos que casarnos pronto, muy pronto, queridito -me dijo, acariciándome las mejillas con las palmas de las manos-. Ya no es posible esperar más de veras... Después, sería un bochorno... ¡Y Tatita! ¡Qué diría Tatita! Sería capaz de matarme... Y yo... yo me moriría de vergüenza...

Rehuí toda respuesta comprometedora, puse de relieve, como dificultades, precisamente todas las facilidades del momento -tan propicio-, pero sin mala intención, aunque nadie lo crea, sin segunda intención ¡lo juro! Sólo por instinto, como un ademán subconsciente que me defendiera de un peligro imprevisto, atávicamente revelado a no sé qué parte de mi ser. Y, dominada o atontada por mi elocuencia, Teresa se tranquilizó, me abrazó, me besó, me hizo mil caricias, y, en la decisión completa de su cuerpo y de su alma, hasta prometió no decir nada a don Higinio mientras yo no se lo mandase.

Una vez a solas, me di cuenta del atolladero en que me había metido. ¡Qué a punto venían las insinuaciones de de la Espada! Si hubiera hablado meses atrás... Pero, como dicen las comadres: «Después del niño ahogado... ¡María, tapa el pozo!» ¡Bah! Todavía nadie se ha muerto de eso. En el peor de los casos, no tendré de qué quejarme. Pero...

La verdad, la verdad es que prefería no casarme porque aquella muchacha carecía de atractivos, o si los tenía eran menores cada vez. Teresa no me interesaba, o me interesaba poco, ya sin prestigio ni misterio, con sus grandes ojos de ternera conmovida, su cutis de magnolia, su ceceo infantil, su candor de paisanita.

Eso está bueno para pasar un rato ¡pero toda la vida!...